



El club de los Superman

El día a día de los niños y niñas superdotados

Carmen Giró

360°
REPORTAJES

El club de los Superman

El día a día de los niños
y niñas superdotados

CARMEN GIRÓ



EDITORIAL UOC

Director de la colección: Jordi Juste

Primera edición en lengua castellana: octubre 2017

Primera edición digital: noviembre 2017

Diseño cubierta: Oberta UOC Publishing, SL

© Carmen Giró, del texto

© courtneyk/iStock, de la imagen de cubierta

© Editorial UOC (Oberta UOC Publishing, SL), de esta edición, 2017

Rambla del Poblenou, 156

08018 Barcelona

www.editorialuoc.com

Realización editorial: Sònia Poch

ISBN: 978-84-9116-995-6

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño general y la cubierta, puede ser copiada, reproducida, almacenada o transmitida de ninguna forma, ni por ningún medio, sea este eléctrico, químico, mecánico, óptico, grabación, fotocopia, o cualquier otro, sin la previa autorización escrita de los titulares del *copyright*.

«El talento gana partidos,
pero el trabajo en equipo y la inteligencia
ganan campeonatos»

MICHEL JORDAN

«La creatividad es la inteligencia
divirtiéndose»

ALBERT EINSTEIN

«Suelen hacer falta tres semanas
para preparar un discurso improvisado»

MARK TWAIN

«Una mala persona no llega
nunca a ser buen profesional»

HOWARD GARDNER

Índice

PRESENTACIÓN.....	7
INTRODUCCIÓN	11
«ÉL YA LO SABE». LA PRIMERA IDENTIFICACIÓN ...	17
¿DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO? MITOS Y VERDADES	25
HACER LA CENA CON LA TEORÍA DE LA RELATIVIDAD. EN FAMILIA.....	33
VOLAR MUY ALTO CON LOS PIES EN EL SUELO. VIVIR EN SOCIEDAD	47

«LA PROFESORA CONFÍA EN MÍ». LA MOTIVACIÓN EN EL COLEGIO	59
EL RETO DE LA DIVERSIDAD. EQUITAD, IGUALDAD Y CALIDAD	77
EL SENTIDO DE LAS COSAS. ENRIQUECER ES DE SABIOS	87
«LO IMPORTANTE ES QUE EL NIÑO SEA FELIZ». FELICIDAD O RESIGNACIÓN. PEDAGOGÍA DE LA FASCINACIÓN.....	99
«VOY A ESCRIBIR UN CUENTO MÁS NORMAL». LA CREATIVIDAD	111
«AHORA SOY MAYOR, AHORA SOY PEQUEÑO». INTENSIDAD EMOCIONAL Y DISINCRONÍAS.....	119
EPÍLOGO. UN DECÁLOGO, UNAS ETIQUETAS Y UN PEQUEÑO TEST	133
BIBLIOGRAFÍA	145

Presentación

Este libro está dedicado a todos aquellos niños que se ponen a leer su libro escondido en el regazo mientras la lección de matemáticas sigue su curso. A los que responden con alegría que «tres más tres es un hexágono». A los que pintan árboles azules. A los que aplauden de contento cuando llega al buzón la revista científica mensual. A los que calculan la trayectoria de la pelota de fútbol mientras sus amigos chutan con pasión.

A veces se les llama algo parecido a «Superman», pero no son, ni mucho menos, ni *supermen* ni *superwomen*. Son niños con un pensamiento rápido, con una creatividad que se sale de los límites. A veces se les llama *de altas capacidades*, pero otras la necesidad de unas marcas numéricas que fijen oficialmente la frontera les deja fuera de tal definición. Pero todos destacan por su pensamiento creativo

y a menudo chocan con la rigidez de un sistema diseñado para ser apto para todos. Los «Superman» se merecen el mismo trato que los demás, jugar y aprender, disfrutar y desplegar sus potencialidades, explorar su talento, equivocarse y progresar. Vivir su infancia y juventud con ilusión y alegría.

En español siempre se les ha llamado *superdotados*, pero es una palabra que a mí no me gusta porque me recuerda a la palabra *Superman*. Y estos niños no son superhéroes, no se ponen la capa para inmediatamente salvar el mundo sin despeinarse. Son niños como los demás, con sus dificultades, sus problemas y preocupaciones, sus ilusiones, sueños y proyectos.

A nivel oficial se les llama *personas de altas capacidades* y, poco a poco, el término se va generalizando y normalizando. También se les llama *genios*, *talentosos* o *precoces*. O *raritos*, *cracks*, *máquinas*, *frikis*, *empollones*, *listillos*, *nerds*. Cuántos sinónimos despectivos, ¿no?

Me gusta más como se les llama en otros idiomas. En inglés, la palabra usada es *gifted*, es decir, personas con un *gift*, un regalo, un don. También en francés se usa *douté*, es decir, personas dotadas, con un don.

El protagonista o la protagonista de este libro se llamará S. La letra inicial de Superman o de Superwoman. No es una persona en concreto, no es la hija de mi vecina, no es el amiguito de la clase, pero S. podría ser todos ellos. No pretendo personalizar ni exponer intimidades

en este libro. Pero sí quiero reflejar un poco cómo es el día a día de muchos de estos niños y sus familias y entorno más cercano. S. podría ser Manuel, o Pablo, o Xavi, o Raúl, o María, o Esther, o Cristina, o Teresa. Niños y niñas y de diferentes edades.

Cada uno de estos niños y niñas es diferente, como lo somos todas las personas. Cada uno tiene sus propios intereses, proviene de un entorno y de un punto de salida concretos, y cada uno tiene su propio carácter y personalidad. Pero, al mismo tiempo, al ser niños y niñas de alta capacidad, comparten muchos rasgos y pautas de comportamiento, marcadas por su manera de pensar y su mayor velocidad para aprender. Por eso he decidido hacer que el protagonista de este libro sea un niño o niña llamado S. para englobar en sus experiencias cotidianas muchas de las anécdotas que me han explicado a la hora de recopilar información para este volumen.

Todo lo que escribo aquí son hechos reales y conversaciones reales. Lo he unificado para que al lector le sea más sencillo, para que el protagonista sea siempre S., pero en realidad las anécdotas de S. son diferentes porque proceden de niños de diversas edades, entornos y situaciones. No es un libro autobiográfico, pero sí recoge testimonios reales de muchas familias, niños y profesores del entorno de la superdotación.

Las citas que incluyo pronunciadas por niños son reales. Todas están relacionadas con niños de altas capa-

ciudades, pero me consta que hay muchas que se repiten en otros niños, estén o no identificados como tales. Son, simplemente, almas inquietas, ávidas de saber y de vivir en el mundo que les ha tocado. Démosles raíces y alas.

Introducción

Empecemos por el principio.

Tú sabes que a tu hijo le pasa algo.

Lo sientes, es diferente a los otros niños, no es ni mejor ni peor, pero sí que es diferente.

Sus amigos pueden estar horas chutando el balón y él al cabo de un rato desconecta y se pone a mirar una planta que crece en el lateral del campo.

Le da igual si la palabra bicicleta va con *b* o con *v* porque él está pensando cómo funciona el mecanismo de las ruedas y la cadena.

Necesita hojas extragrandes porque la magnitud de lo que quiere dibujar «no le cabe» en un folio.

No entraré en detalles sobre cómo se pueden identificar las altas capacidades en un niño. Los profesores, pedagogos y psicólogos tienen herramientas suficientes,

protocolos de actuación, test de identificación y seguimiento.

En teoría ellos, los miembros de la comunidad educativa, que conviven con nuestros hijos cada día, saben qué hay que hacer. Y digo en teoría porque aún se oye aquella frase de «yo no creo en esto» o «es que lo estimulas demasiado».

No es una cuestión de fe, es una cuestión de desarrollo infantil, una cuestión neurológica, una cuestión de maduración intelectual. Es ciencia, no superchería.

No soy médica, ni psicóloga, ni maestra, ni pedagoga. Soy periodista y, en relación con mi trabajo, he entrevistado a muchas familias con hijos con muy diversos estados de maduración y trastornos de aprendizaje o de desarrollo. A menudo se sienten muy desamparadas. Las familias con hijos de altas capacidades también. Porque aún hay esa falsa creencia de que es un problema de lujo. En realidad, muchos lo viven como un regalo envenenado.

Todavía no existe la conciencia de que cualquier anomalía, cualquier desviación del estándar general de lo que consideramos «normal», puede crear desequilibrio, sufrimiento y ansiedad. Tanto si la desviación es por «arriba» como por «abajo». Afortunadamente las cosas están cambiando y los sistemas de enseñanza y de aproximación al niño como centro de su propio y personal desarrollo están revolucionando el panorama educativo, aunque sea poco a poco.

Sí, empecemos por el principio.

Cuando por fin unos padres tienen en sus manos el informe del psicopedagogo que identifica —no diagnóstica, no es una enfermedad— a su hijo como de altas capacidades, lo primero que piensan es: «¿Y ahora qué?».

Porque su hijo sigue siendo el mismo. Ahora tiene una etiqueta, una identificación, pero sigue siendo el mismo. Y debe seguir siéndolo. La etiqueta permite entender mejor algunas cosas y afrontar mejor otras, y además ayuda a los padres y al entorno a tener pistas y recursos para ir siempre un paso por delante de él.

A partir de ahí empieza un camino en el que los padres y el entorno del niño se informan, leen libros, se apuntan a conferencias, asisten a escuelas de padres... Todo eso es muy necesario y se aprende muchísimo, pero al final lo más importante es que haya mucho amor, que los niños lo noten, y tener muy claro que la educación de los hijos es un camino de largo recorrido en el que casi siempre se avanza al ritmo de dos pasos para adelante y un paso para atrás.

Aunque el día a día a veces es difícil, porque los niños de altas capacidades son muy demandantes y a veces parece que están «vampirizando» a los que les rodean, hay que vivirlo como una oportunidad preciosa que, como tal, hay que cuidar.

Como he dicho, no soy profesional de la medicina ni de la educación. El propósito de este libro no es explicar

teorías científicas, enumerar sistemas educativos, hablar de cociente intelectual o analizar mediciones clínicas. No. Hay muchos libros que ya describen esto, y que lo hacen muy bien.

Lo que humildemente pretendo es acercarme a la realidad diaria de las familias con hijos con altas capacidades o, simplemente, hijos que piensan de manera diferente. Para dar a conocer cómo es la vida cotidiana con este tipo de niños, que no son «niños muy listos», sino que tienen otra manera global de mirar. Y hacerlo desde un prisma optimista, constructivo, de alegría por vivir de primera mano la experiencia del entusiasmo por aprender y el ansia por comerse el mundo.

Porque, demasiadas veces, a las primeras dudas cuando un niño es identificado como superdotado, al miedo por no saber hacer las cosas bien se une una especie de ley del péndulo perversa: según con quién hables, según qué leas, estás en una situación horrible, apocalíptica, con tu hijo al borde del fracaso, depresión y angustia constante, o estás viviendo el paraíso de los dioses, con tu hijo resolviendo los problemas del mundo en un abrir y cerrar de ojos.

Y, sinceramente, el panorama no es ni una cosa ni otra. Es, ni más ni menos, una versión más del trabajo más difícil, emocionante y retador del mundo: educar a un niño. Desde aquí reivindico el vivirlo como parte de un viaje alegre, optimista, constructivo, enriquecedor y tam-

bién, evidentemente, con los pies en el suelo para que el trayecto llegue a buen puerto. Porque todavía hay mucho sufrimiento en muchos de estos niños si no se les ayuda, si no se les dedica la atención que necesitan.

Como decía un niño con altas capacidades de nueve años: «Yo ya no quiero ser astronauta. ¡Con la cantidad de cosas que nos quedan por aprender de la Tierra!».

«Él ya lo sabe».

La primera identificación

La familia de S. podría haber seguido así más años. Su hijo iba al colegio, quizá no muy entusiasta pero sin quejarse. Tenía amigos, quizá no íntimos, pero tenía relaciones sociales fuertes y alegres.

Pero empiezan las señales de alerta. Una de ellas, cuando después de una semana cultural S. dice: «El cole, por fin, ha sido interesante». Ese «por fin» le llega al alma a su madre.

Y eso que S. va contento al cole. Un niño de cuatro años, también del club de los supermanes, le ha espetado a su profesora en medio de la clase: «Yo no he escogido este colegio ni te he escogido a ti». Otros sufren dolores de estómago, de cabeza, o ataques de angustia cuando tienen que ir al colegio.

Luego los amiguitos empiezan a explicar que S. lee libros por debajo de la mesa en clase.

Otro día S. está escribiendo una redacción en casa y decide cambiar una palabra: «Voy a poner otra más fácil porque se van a pensar que la he copiado».

Y, evidentemente, otra señal de alerta es cuando dice: «Hoy he esquivado a los de sexto. Me he asustado porque me han rodeado en el rincón del patio. Dicen que soy un listillo».

Empieza el periplo por maestros y psicopedagogos hasta llegar a la etiqueta que explica tantas cosas y que, por cierto, también ayuda a los padres de S. a entender muchas cosas de ellos mismos. La etiqueta va acompañada casi siempre de un número que hace referencia al cociente intelectual (CI) —que muchas veces es lo único que desde fuera se ve, como si S. fuera un mono de feria— y otras veces de otras referencias, como los diferentes talentos que puede tener S. —talento matemático o talento verbal o musical, su nivel de razonamiento lógico o su capacidad de abstracción visual y espacial—.

Y al llegar a casa con el informe, surge la primera duda: «¿Se lo decimos al niño o no?».

Y la primera respuesta es: «Él ya lo sabe». Quizá no le ha puesto nombre, seguro que no sabe de números ni falta que le hace. Pero él ya sabe que es diferente. Hace tiempo que nota que con los amigos con los que antes hablaba de todo ahora le dejan a mitad de conversación,

porque ellos ya tienen suficiente y prefieren ir a jugar, mientras que él quiere seguir hablando de aquel tema y sacarle toda la punta posible.

Muchos expertos aconsejan decirle a S. algo como «tú piensas muy rápido», «te gusta mucho aprender», «te gusta profundizar en las cosas y otros niños de tu edad no necesitan profundizar tanto». Explicarle sin aspavientos las «características» de la etiqueta, pero no etiquetarlo con una palabra que lo único que hará será dejarle en el vacío. Cuando son más mayores ya quieren saben «la palabra» que, al menos externamente, les define. Es decir, que es alguien de altas capacidades o, como se dice generalmente en castellano, superdotado.

Potencial de desarrollo

Tener altas capacidades no es ni bueno ni malo. Es una característica. Una persona puede ser rubia, baja, delgada y eso no es ni bueno ni malo. S. piensa más rápido que otros niños de su edad y lo que más le gusta es aprender.

El doctor Javier Berché es uno de los pioneros en este tema en España. Pediatra que trabaja desde hace más de treinta años con niños de altas capacidades, es el fundador de la Fundación Javier Berché, una de las entidades más reconocidas en la identificación y atención a estos alumnos. Colabora con algunos de los centros internacionales más prestigiosos sobre el tema y por su consulta han pasado más

de 3.000 niños y adolescentes con estas características. Este experto explica: «Todos los niños de altas capacidades son diferentes como somos diferentes todas las personas, pero ellos tienen una cosa en común: siempre están pensando».

Javier Touron es vicerrector de Innovación y Desarrollo Educativo en la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), miembro de organizaciones internacionales vinculadas al talento, y uno de los mayores expertos actuales en el ámbito de los alumnos de alta capacidad. En su blog, www.javiertouron.es, tiene publicada una entrada que se titula precisamente: «Mi hijo tiene alta capacidad, ¿se lo digo?». Allí deja muy claro que no conviene quedarse únicamente en la etiqueta y mucho menos centrándose solo en el CI. «Si está pensando en decirle a su hijo que ES superdotado, olvídalo. Cometerá un error y lo dejará perplejo, confuso y preocupado. Ahora bien, si la educación es un proceso de gradual responsabilización de seres libres, el autoconocimiento es esencial».

Touron continúa: «Su hijo tiene un potencial, una o más capacidades, una serie de dimensiones de su personalidad que podrán aplicarse a un determinado campo de trabajo, del saber, de las artes, del deporte, de la actividad humana. Y en razón del potencial de uno, tiene un trabajo por llevar a cabo, tanto más cuanto más capacidad. El desarrollo personal es una combinación entre potencial (capacidad), medios y trabajo. Sin trabajo, el potencial se convierte en una mera realidad virtual».

Este experto explica que lo más importante es hacer ver al niño de altas capacidades que no es un «frikí», sino que es como otros miles de niños y jóvenes, y ayudarle a ver que todos somos distintos, con puntos fuertes y débiles. «Utilizar ejemplos de los deportistas, músicos, pintores y otras personas eminentes ayudará a los padres a explicarle la distancia que media entre tener capacidad para algo y llegar a realizar esa capacidad». Es decir, la importancia de trabajar duro para realizar todo su potencial.

Cuando los padres de S. llegan a casa con el informe bajo el brazo, deciden explicárselo a las hermanas mayores del niño para que lo comprendan mejor. Su primera reacción es muy indicativa del tipo de sociedad en la que vivimos. Empiezan a advertir casi al unísono: «No se lo digáis. Que no sepa nada. Que disimule, si no, se burlarán de él». Los padres deben explicar a las chicas que su hermano no tiene que avergonzarse de eso, aunque tiene que aprender a vivir en sociedad y a gestionar los diferentes tempos en los que se va a encontrar. Pero una cosa es aprender a convivir y otra no poder desarrollar tus potencialidades por miedo a destacar.

Normalidad y diferencia

El desarrollo de los niños, de todos, es un camino de maduración emocional, intelectual y social, un sendero de crecimiento personal, un aprendizaje de vida. Hay

una serie de líneas trazadas para saber si tu hijo está desarrollándose dentro de lo que se considera la media de su edad. Lo llevamos al pediatra para ver por dónde se sitúa su percentil, es decir, en qué nivel de todos los niños de su edad se encuentra en lo que respecta a peso y estatura.

Ese percentil no es más que una referencia. Nadie se preocupará si un niño es algo más alto o bajito mientras esté bien alimentado y lleve una vida sana. Se acepta que todos somos diferentes en lo físico, pero... ¿y en lo intelectual y emocional?

«A esta edad *todos* juegan a fútbol». «A esta edad *nadie* sabe leer todavía». «A esta edad *todavía* no dibujan cuello a las personas». ¿Y si el niño se sale de esa «normalidad», de ese percentil correspondiente a su edad?

Los profesores y padres ya pueden distinguir a niños que tienen otro tipo de juego. Niños que mientras sus amigos le dan al balón están calculando la velocidad de la pelota. Una maestra de un S. de ocho años convocó a los padres a una reunión urgente: estaba preocupada porque el niño no jugaba a fútbol con los otros. Reacción lógica de los padres: «¿Le están marginando los otros niños, o él se siente solo y triste en el recreo?». «No, pero juega de otra manera y con otros niños». «Entonces, ¿dónde está el problema?». Socializar es muy importante en el desarrollo de un niño, pero ¿es obligatorio que a todos los niños les guste el fútbol?

Unos padres de un S. que ya tiene veinticinco años explican: «Desde siempre él ya sabía que era diferente. Nuestra labor como padres ha sido ayudarle a que pueda desarrollar sus potencialidades, conviviendo con los que le rodean para que esté equilibrado emocional y socialmente, pero sin renunciar a lo que le define, sin sacrificar su potencial, lo que él es».

El doctor Berché explica en su libro *Guía para padres de niños con altas capacidades* que al explicar a los niños que tienen altas capacidades hay que tener cuidado para que no desarrollen intolerancia. «Nuestra función como padres debe ser, ante todo, enseñarle al niño valores de tolerancia y humildad (pues en algunos casos desarrollan soberbia), enseñarle que debe convivir en una sociedad donde la inmensa mayoría disfruta de esa «normalidad» y que él, en el privilegio de su superioridad intelectual, lo que debe hacer es «comprender». Comprender cuál es la situación (...) y la de los demás. Comprender que lo único que lo diferencia de la mayoría de la gente que le rodea es su capacidad de aprender más rápido y fácilmente que los demás, pero que alcanzar todas estas metas requerirá del mismo esfuerzo, dado que la inteligencia por sí sola, sin esfuerzo, no sirve para nada».

Touron coincide en la necesidad de no ocultar al niño el potencial que posee, y ayudarle a encauzarlo bien para poder dar servicio a los demás. «¿De qué jactarse si uno no ha hecho nada para recibir lo que tiene? Pero como

lo tiene, debe responsabilizarse de su desarrollo; nadie hará crecer tu potencial por ti. Somos protagonistas de nuestra propia educación, pero protagonistas precarios, es decir, necesitados de ayudas. Tenemos que enseñarles a que se gusten, sin narcisismos, a que se acepten y a que luchen por mejorar cada día como, por otra parte, hacemos todos los demás. También hay que ayudarles a ser felices, y la felicidad no se logra si uno no sabe quién es, o cómo es, o qué puede lograr en esta vida».

¿De qué estamos hablando?

Mitos y verdades

Ya he dicho antes que no voy a detallar en este libro las características psicológicas de estos niños, ni explicar concienzudamente la manera de identificarlos y, después, de ayudarles académica y emocionalmente. Hay muchos libros escritos por expertos pedagogos, psicólogos, médicos o profesores aclarando estos conceptos y dando muy valiosa información. En este libro quiero hacer una humilde aproximación sobre cómo es la vida diaria con un niño de altas capacidades.

Pero es necesaria una pequeña introducción sobre qué son y qué no son estos niños.

Empecemos por las falsas creencias. Lo que NO son.

No son chicos raros ni con dificultades para relacionarse generalmente. No son *frikis*.

No tienen la vida resuelta.

No aprenden solos, no están siempre muy motivados.

Cuando abren la boca no surgen ríos de sabiduría.

No todos tocan el violín como los ángeles cuando levantan dos palmos del suelo, no todos hacen cálculo de raíces cuadradas con seis años, no todos escriben novelas de cuatrocientas páginas con diez años.

No son chicos y chicas con un excelente rendimiento académico general.

No sacan siempre buenas notas.

No son bajitos, enclenques, empollones, con gafas de culo de botella y ortodoncia.

No tienen superioridad emocional y madurez.

No se diagnostican. No es una enfermedad. Se les «identifica».

Ya lo hemos dicho desde el principio. No son «supermanes».

SÍ son:

Son niños como los demás, en proceso de desarrollo intelectual, emocional, psicológico, social... Un *work in progress*.

Necesitan retos intelectuales, estar motivados, que les orienten a nivel social y emocional.

Necesitan que las cosas tengan un sentido, un fin.

Aprenden de manera diferente. Tan diferente que parece que aquel niño de cinco años se ríe del maestro cuando este pregunta cuánto es $3 + 3$ y él responde

inocentemente que un hexágono. En ese momento está pensando en 3D, no pretende burlarse.

Se sienten diferentes porque su manera de absorber, relacionar y recrear lo que les rodea —aprender— es diferente de la de sus compañeros. Por eso un S. de nueve años puede preguntar: «¿Cómo puede el cerebro asimilar toda la información que le llega?».

Son como esponjas, que absorben conocimientos que se manifiestan después y no siempre en el momento oportuno, cosa que provoca que queden como bichos raros.

No quieren caer en la prepotencia o la soberbia, pero tampoco quieren sacrificar su identidad o aislarse de la sociedad por ser distintos.

Académica y profesionalmente se usan diferentes palabras para definir diferentes perfiles: superdotación, altas capacidades, precocidad, talento, genialidad.

Personalmente, para mí la palabra clave es: capacidad. Todos somos capaces de muchas cosas... si queremos. Todos podemos desarrollar o no nuestro potencial dependiendo del entorno más o menos motivador que tengamos y de la motivación interna que sepamos crearnos.

El doctor Javier Berché siempre explica que ser superdotado significa «tener una alta capacidad para el aprendizaje. El cociente intelectual solo es un potencial teórico de su capacidad, que podrá ser demostrado trabajando». En la presentación de la segunda edición del libro

Guía para padres de niños con altas capacidades, el periodista Jaume Barberà citó una definición de la superdotación: «Diferencia en la velocidad de aprendizaje».

Por eso ya se ha superado el enfoque obsoleto de centrarse solamente en una cifra determinada de cociente intelectual para hablar de altas capacidades. Se valoran los diversos talentos, la creatividad, la inteligencia emocional, las habilidades de interacción social, la motivación, la personalidad. Todos ellos factores fundamentales para el desarrollo óptimo del niño.

Hay diferentes teorías que estudian la inteligencia. La teoría de las inteligencias múltiples, de Gardner, es una de las más conocidas. La inteligencia emocional de Goleman llenó muchas páginas. Asimismo, la teoría de los tres anillos de Renzulli explica muy bien los tres componentes que se conjugan en la superdotación: alta capacidad intelectual, creatividad y dedicación intensa en áreas de interés.

Vivencia diferente

Javier Tournon afirma a menudo, en su blog y en entrevistas y conferencias, que la superdotación «no es un estado del ser o de la naturaleza sino la indicación de un potencial por desplegar dentro de un modelo de desarrollo del talento». En efecto, un niño superdotado es mucho más que un niño «muy inteligente en el cole-

gio». Es alguien que vive de manera diferente el mundo que le rodea porque tiene un desarrollo asíncrono, en el que se combinan habilidades cognitivas avanzadas y una elevada intensidad.

Una madre de un chico de quince años, que ha pasado por un periplo de escuelas hasta encontrar una en la que sentirse a gusto, afirma: «Hasta que no se considere a estos niños como alumnos con dificultades de aprendizaje —sí, dificultades—, no se avanzará».

No hay que confundir altas capacidades con alto rendimiento. Un niño o niña Superman puede sacar muy buenas notas o no. Puede que su nivel de adaptación social sea muy bueno y sepa adecuarse a lo que se le exige en el colegio, aunque sea a costa de su creatividad. Entonces puede sacar buenas notas a pesar de que él sabe que lo que ha escrito en el examen no es lo correcto, o no es todo lo que él podría haber expuesto sobre el tema.

También puede pasar que saque malas notas porque se rebele ante el sistema que le obliga a escribir exactamente la «respuesta correcta», como si no hubiera varias posibles. O porque se aburre en clase y no sabe los contenidos mínimos obligatorios porque está suspirando por poder estudiar más allá de lo que pone el libro de texto. Incluso hay quien suspende deliberadamente para sentirse parte del grupo aula. Las niñas son las que tienen más tendencia a suspender a propósito, porque prima la integración social al grupo sobre la excelencia. Es también

una prueba de inteligencia: la capacidad de adaptación al medio para sobrevivir.

Necesitan una atención educativa diferente porque aprenden muy rápidamente, con más profundidad y extensión que sus compañeros de clase, y los objetivos del currículum ordinario se les quedan cortos, especialmente en el caso de talentos académicos —como, por ejemplo, las matemáticas—. Si no se les sacia su capacidad de relacionar conceptos y resolver problemas, pueden llegar a la desmotivación o a problemas de conducta.

Debido a este desarrollo no sincronizado pueden presentar trastornos del sueño, retraso en el aprendizaje psicomotriz (por ejemplo, visible en los deportes o en la caligrafía), alteraciones de conducta, miedos, pocos hábitos de estudio o alta sensibilidad.

Linda Silverman, psicóloga y directora del Instituto para el Desarrollo de los más Avanzados, adscrito al Centro para el Desarrollo de las Altas Capacidades en Denver, Colorado (Estados Unidos), es una de las autoridades mundiales en este tema. En sus diversos libros y publicaciones siempre defiende que no se debe identificar altas capacidades con alto rendimiento, sino que se trata de un potencial en desarrollo. A menudo pronuncia esta frase: «Es hora de que saquemos las altas capacidades del armario y las separemos definitivamente del concepto de *logro* o éxito. Es el momento de que reconozcamos

su valor y las alimentemos y desarrollemos en nuestras escuelas y en las familias, en la sociedad en su conjunto».

Los niños de altas capacidades necesitan ayuda y acompañamiento para reconciliarse consigo mismos, para conseguir que se aprecie su inteligencia por lo que puede aportar. Su diferencia tiende a excluirlos de la comunidad, con lo que hay que devolverles la confianza en ellos mismos. En este libro queremos dar una visión positiva y constructiva, pero no olvidemos que si estas personas no son atendidas debidamente, pueden sufrir mucho en su camino personal de la vida.

¿No te lo crees?

Y para acabar este capítulo les proponemos un pequeño ejercicio: contestar a algunas de las preguntas que todos los padres de algún superman han tenido que escuchar en algún momento.

Coloque usted delante de cada una de las siguientes preguntas la coletilla: «Si es tan inteligente...», a ser posible pronunciada con un pequeño deje de ironía descreída.

¿... cómo es que no saca 10 todo el rato? El placer de aprender aquello ya le ha proporcionado recompensa. Ya sabe *cómo* funciona ese tema, esa respuesta, o sea que se queda en un 8 y a otra cosa mariposa, porque lo que de verdad le interesa es aprender. La competición no es lo suyo. Él ya sabe lo que sabe, no lo tiene que

demostrar. Aunque también le gusta que se lo valoren, como nos pasa a todos.

¿... cómo es que no contesta tan rápido como los otros? Muy probablemente está evaluando diversas soluciones, es altamente perfeccionista y autoexigente, y ve que hay otras respuestas posibles.

¿... por qué falla en esto que es tan fácil? Puede estar pensando que en esa pregunta hay «truco» porque es demasiado fácil.

¿... cómo es que no sabe resolver esta ecuación en un momento? Primero, no todos son talentos matemáticos. Y los que sí lo son quizá no saben aún los principios del álgebra porque nadie se los ha explicado, ya que aún son pequeños. No pidamos milagros ni números de circo, no aprenden por osmosis.

«Si es tan inteligente... no necesita ninguna ayuda». Al contrario. Necesitan ayuda y comprensión para poder encajar en una escuela que está diseñada —lógicamente— para la media de la población. Hay que recordar que cualquier diferencia mal tratada puede implicar problemas.

Hacer la cena con la teoría de la relatividad. En familia

Entrevistando a una madre de un niño con altas capacidades quedó claro lo intenso que puede resultar el día a día. Reproducimos aquí un fragmento:

«Lo reconozco. A veces he puesto el piloto automático. Volviendo a casa del colegio, nuestros quince minutitos andando a paso tranquilo, a veces he tenido que desconectar y hacer ver como que escuchaba. Pero era por pura supervivencia. Yo estoy pendiente de si el semáforo está rojo, de que no se me caigan las dos bolsas del supermercado y la *baguette* salte de su bolsa de papel, luchando con el paraguas... y mi hijo insiste en explicarme con todo detalle por qué los cohetes espaciales no llevan volante, cómo funciona su motor,

cómo pueden girar, cómo afecta la falta de gravedad en la trayectoria...

Muchas veces las conversaciones con él son una pura delicia, muchas. Pero otras no tengo más remedio que ir contestando: «¡ajá!» o «¿ah, sí?», y dejar que él siga con sus elucubraciones. Porque yo, en ese preciso momento, no puedo seguirle.

Otras veces no puedo seguirle porque él sabe mucho más que yo. Literalmente. Y tiene nueve años. A su padre le pasa igual. Cuando habla con el niño, tiene que pararse a pensar. «Si me hace dudar, está claro que el que tiene razón normalmente es él».

Admito que cuando nos confirmaron lo que ya sabíamos me entró un miedo atroz. A no saberlo hacer, a equivocarme, a no estar a la altura... Pero poco a poco todo vuelve a la normalidad. Lo quiero vivir como algo bonito, alegre, enriquecedor, divertido, y eso también ayudará a mi hijo a vivirlo así».

Todas las familias con niños de altas capacidades han oído en más de una ocasión la frase: «Caray, en casa no os aburrís».

La vida diaria con un niño o niña del club de los supermanes puede ir acompañada de muchos adjetivos,

pero nunca de la palabra «aburrida». Principalmente es intensa, divertida, interesante, retadora, a veces angustiosa, otras veces estresante.

S. está en medio del comedor, quieto, mientras su madre le repite por enésima vez que tiene que ir a la mesa. De repente, parece que recupera la conciencia del tiempo presente, levanta la cabeza y reclama: «Un momento, estoy pensando».

Y, realmente, esa acción de pensar es lo que identifica a S. Puede ir a una actividad de un museo, disfrutar un montón, y cuatro meses más tarde decir a su madre: «He pensado que aquello que vimos en el museo, si se le añade tal y tal cosa...».

Puede llamar a su padre desde la cama, a las once de la noche, cuando todos piensan que ya duerme, y soltar con una gran calma y sin ningún tipo de presunción en la voz: «Acabo de tener una idea que puede revolucionar el mundo».

Puede parar en mitad de un partidillo de baloncesto, acercarse al lateral del campo y decirle a su madre: «Acuérdate de que al átomo *no sé qué* le pasa *no sé cuántos*, y luego en casa lo apunto». Muchas madres de supermanes se sienten como su agenda portátil de ideas e inspiraciones. Otras se sienten como «vampirizadas» por sus hijos. Todas califican a sus hijos de «intensos y muy demandantes».

Muchos padres se ríen cuando alguien les acusa de querer estimular demasiado a su hijo, de darle demasiada

información. Los niños del club de los supermanes ya salen estimulados de serie. Si alguien se siente agobiado por el exceso de información no son precisamente los niños. ¿Alguien ha probado a hacer la cena mientras intenta resolver con su hijo, urgentemente, las bases de la teoría de la relatividad?

El mejor juego, aprender

La madre de S. a veces se ha sorprendido a sí misma diciéndole a su hijo, con siete, ocho, nueve años: «Tienes que jugar». Y no era por falta de tiempo, esos niños que tristemente han de colocar la palabra «jugar» en el último hueco de su agenda. El problema no era el tiempo. Era que para él el mejor juego era aprender.

Claro que S. pedía juguetes en la carta a los Reyes Magos. Claro que le hacían ilusión cuando se los regalaban para su cumpleaños. Al principio jugaba con ellos, pero luego se le olvidaban. Los tenía en su armario (o esparcidos por su habitación o por las esquinas del comedor), pero no «jugaba» como habían jugado sus hermanas.

Incluso la madre de S. le había ayudado a escribir un horario en el que, al final de la jornada, tenía cada día una hora y media, como mínimo, para jugar antes de ducharse y cenar. Solamente para que él viera que no era cuestión de que le faltara el tiempo, era cuestión de «coger» los juguetes o jugar a «algo».

¿Y qué hacía S? Miraba el horario, veía que había llegado el tiempo feliz de jugar y en el camino hacia el armario de los juguetes o hacia el castillo de Playmobil en medio del comedor se «tropezaba» con un libro que trataba sobre los volcanes, el planeta Tierra, los animales de la Amazonia o las recetas de Italia. Y allí se quedaba.

Una vez, con la puerta de casa abierta porque entraba una de sus hijas, una vecina oyó a la madre de S. decir a su hijo: «Deja de leer y ponte a jugar». La cara que puso la vecina la recordará la madre toda la vida. Y le dijo: «¡Qué suerte!».

Imma Marín, experta en el tema del juego como elemento central en el desarrollo personal, afirma a menudo que el juego es una excelente herramienta de relación y de conocimiento personal. Muchas veces cita la frase de Platón: «Se pueden descubrir más cosas de una persona en una hora de juego que en un año de conversación». Pero, ¿cómo jugar de una manera, digamos, estándar, con un niño que a los tres años pregunta:

«¿Mamá, quién fue el primer hombre?».

Como periodista, he escrito muchos artículos sobre la importancia de jugar en el desarrollo completo del niño. El juego simbólico, el jugar por jugar, por placer... He entrevistado a psicólogos, pedagogos, a especialistas en el valor lúdico del juego y el juguete. Pero muchos S., cuando se les pregunta cuál es su juego favorito, no te contestan «a cochecitos», o «a Lego», o «a construc-

ciones». Te contestan «leer» o, directamente, «aprender cosas nuevas».

S. sí que juega, y cuando juega sus carcajadas se oyen por todo el vecindario. Pero es más habitual que esté enfrascado en un libro. Y, en sus palabras, «cuanto más gordo y más me haga pensar, mejor».

A S. le encantan las tiras cómicas de Calvin y Hobbes. Calvin es un niño de seis años con una imaginación desbordante que otorga vida a su tigre de peluche Hobbes. Una tira muestra cómo Calvin se enfrenta a un examen de matemáticas. Se presenta muy contento en clase, afirmando ufano que va a aprobar fácilmente. El primer problema es: « $6 + 5$ ». Mientras sus compañeros escriben en la hoja, la imaginación de Calvin vuela: 6 y 5 son dos planetas, y él es el encargado de unirlos pilotando una nave espacial. Consigue que los dos planetas choquen «con gran estruendo» y así resuelve que como el planeta 6 es más grande, «gana» al 5, con lo que la solución es « $6 + 5 = 6$ ». Por cierto, en ese momento suena el timbre que indica que la hora para hacer el examen ha acabado.

S., en ese momento con ocho años, ríe con gusto con esa aventura de Calvin. Pero después se va también a su propio mundo: cuando su madre cree que le va a comentar sobre la imaginación de Calvin, dice: «¡Qué falso! Si dos planetas chocan no puede haber «mucho estruendo», porque en el espacio no hay aire».

Darle de comer al cerebro

Si tu hijo tiene hambre, le das de comer. Si lo que tiene hambre es su cerebro, también deberías darle de comer.

No hay que atosigarle con un montón de actividades ni fijar en él un montón de expectativas que solo aumentarán sus dudas y minarán su autoestima. Es mejor ayudarle pero sin agobiarle. Pero hay que tener en cuenta su especificidad. Un miembro del club de los supermanes, con diez años, paseando por la calle, de repente soltó: «¡Jolines, a veces no entiendo a Einstein!». Como si hablara de un amiguito del cole.

Cuando S. pregunta algo a sus padres, muchas veces saben la respuesta, pero otras muchas no o se quedan en una primera aproximación. Ahora lo que hacen es responder a S.: «No lo sé, pero podemos averiguarlo». Y le enseñan y le animan a buscar la información por sí mismo. Así, de paso, le pueden enseñar a ser muy críticos con la información que encuentran por internet (las *tablets* y los *smartphones* son ahora apéndices naturales de todos nosotros) y a saber discernir una buena fuente de información y conocimiento del entretenimiento o, simplemente, manipulación. Y, de repente, un S. de seis años suelta: «Los vídeos de Youtube que más me gusta mirar son los de operaciones quirúrgicas».

En internet existen multitud de recursos educativos y de entretenimiento que pueden ampliar los horizon-

tes de todos los niños, de los supermanes también. En una época en que S. estaba especialmente desobediente —porque son sumamente independientes— su madre lo encauzó premiándolo con poder ver más tiempo la página web de la NASA, que descubrió por casualidad y que le encantaba. Ahora S. tiene marcada en «favoritos» una serie de webs que le encantan sobre los temas que más le gustan.

Y no todo consiste en estudiar o leer. Para aprender, nada mejor que hacer, experimentar y comprometerse. Benjamin Franklin decía: «Dime y lo olvido, enséñame y lo recuerdo, involúcrame y lo aprendo». Los padres de los supermanes saben que hay momentos deliciosos en sus preguntas por ampliar la información de los temas que les interesan. Una visita bien hecha al zoo, con tiempo para disfrutar de los animales, puede ser un momento inolvidable. Una excursión al campo puede aportar más vivencias y emociones que una lección de ciencias naturales en un aula donde ni entra el sol.

Los padres tienen una tarea muy importante para con sus hijos, todos, no solo los de altas capacidades: coleccionar vivencias, experiencias, emociones juntos, que ayudarán a construir las bases de futuras personas equilibradas, armónicas y felices.

Y, claro, estar abierto a situaciones deliciosas: con cinco años, un miembro del club de los supermanes acude a un museo con su familia. Se apunta a la visita

para niños con un juego de pistas mientras sus padres y hermanos ven la exposición. Al acabar, reclama: «Ahora yo también quiero ver el museo *de verdad*, porque al hacer solamente el juego de pistas me he perdido muchas cosas que vosotros sí habéis visto».

No solo intelecto

Aunque a los niños de altas capacidades les gusta mucho aprender, no hay que centrarse solamente en el tema intelectual. Los niños supermanes son muy sensibles y necesitan, quizá incluso más que los demás niños, el estímulo de un abrazo, de un beso, de una sonrisa. Necesitan saber que les entienden, que les apoyan y que les quieren.

Es importante enseñarles a aceptar sus errores. Una sonrisa con la frase «un mal día lo tiene cualquiera» puede evitar que desarrollen un exagerado sentido de la perfección. La madre de S. explica: «Siempre hemos intentado aplicar la máxima «dar según tus necesidades y exigir según tus capacidades». Les hemos valorado el esfuerzo y no el resultado o la nota final, les hemos «apretado» cuando hacía falta y hemos hecho la «vista gorda» otras veces... Educar no es fácil, pero no hay que olvidar que el sentido común y el cariño muchas veces resuelven muchos problemas».

Los padres de otro S., con seis años, llevan un día muy atareado y sin poderle dedicar mucha atención. Él les

dice: «Hoy estoy flojo porque vuestros besitos y vuestro amor son mi energía».

El amor de los padres, firmeza y flexibilidad con cariño y una educación coherente es el mejor regalo para un niño. Aquí, señores y señoras, no podemos delegar.

Reñir y comparar

Todos los expertos que trabajan con niños de altas capacidades coinciden en que no hay que olvidar que son niños y, como tales, necesitan de las mismas normas que todos: límites y ternura. Nunca hay que justificar un mal comportamiento con la excusa de que «es superdotado». Hay que reñirle igual que harías con otro niño.

Tampoco hay que compararle con otros hermanos. No sería justo. Cada niño, cada persona, es diferente y todos tienen sus propias cualidades y dones.

Un día de fiesta mayor. Fuegos artificiales, que se mantienen a pesar de la finísima lluvia que está cayendo. Mientras sus padres y hermanas admiran los dibujos que hacen los cohetes en el aire, S. está hablando de cómo las gotitas de agua de la lluvia distorsionan el dibujo de las palmeras, cómo influye el viento y la lluvia en la trayectoria de los cohetes...

Y, como padres, no hay que ser engreído, pero tampoco hay que «disculparse» por tener un hijo muy inteligente. ¿Acaso se disculpa, o se siente culpable, el padre de

un niño que juega muy bien a fútbol o toca muy bien la trompeta? ¿Por qué la inteligencia se tiene que disimular como un fastidio que nos ha tocado en la rifa?

La ley del péndulo

Cuando una familia de un niño de altas capacidades explica a su entorno lo que le ocurre a su hijo, disfruta de un espectáculo en toda regla. Tópicos y típicos en acción, la ley del péndulo hace su trabajo. Tener un hijo así es una maravilla o es una auténtica desgracia.

«Ya lo tiene todo resuelto». «Qué suerte tenéis». «Ojalá tuviera yo ese problema». Son algunas de las frases típicas que te sueltan en un extremo del péndulo.

«Qué desgracia». «Todos acaban en fracaso escolar». «Son muy raros y acaban con una depresión de caballo». Son otras frases en el otro extremo del péndulo.

Y no es ni una cosa ni la otra. Como todo en la vida, en el equilibrio está el secreto.

Miguel Angel Funes, psicólogo y experto universitario en altas capacidades, él mismo de altas capacidades y con un hijo también de estas características, nos responde por qué, si estos niños son curiosos, creativos, con gran capacidad de aprender, con entusiasmo, nos centramos tan a menudo solo en los aspectos más negativos o en los posibles riesgos. «En los últimos años parece que se ha negativizado el concepto de superdotación o altas

capacidades. Los trastornos de índole social, emocional o conductual se dan entre los superdotados en la misma proporción que en el resto de la población, pero los superdotados que acuden a un psicólogo y, en consecuencia, son identificados, son principalmente los que tienen algún tipo de problema. Si un superdotado no tiene ningún problema, lo más probable es que no se le identifique. A partir de esta premisa, el error, el sesgo que se comete, es generalizar las características negativas (inadaptación, inestabilidad emocional, fracaso escolar...), de unos pocos superdotados al resto de niños. Como se suele decir, los árboles nos impiden ver el bosque».

Funes insiste en la necesidad de normalizar el concepto de las altas capacidades para evitar angustia innecesaria en los padres. «A las familias les explico que las altas capacidades no son sinónimo de problemas ni de trastornos. Que los problemas pueden surgir cuando por falta de información se adoptan posturas desfavorables para el óptimo desarrollo de estos niños (por ejemplo, unas exigencias demasiado elevadas), pero que unas altas capacidades bien orientadas desde la familia y las instituciones escolares no tienen por qué generar ningún tipo de conflicto».

En su web, psicologosuperdotados.com, Funes escribe una entrada muy divertida titulada *Mi hijo es superdotado, sálvese quien pueda*. Asegura: «Las diez plagas de Egipto se ciernen sobre el pobre superdotado y su familia. Menos

campañas alarmistas y más sensatez». Explica que hay factores de riesgo que hay que tener en cuenta en estos niños, básicamente porque su desarrollo es cualitativamente diferente de los de su edad y eso puede comportar desajustes. «Pero no son patologías y se resuelven mediante una buena identificación, intervención escolar, información y las dosis de paciencia, imaginación y mano izquierda necesarias para educar a cualquier niño. Tener un hijo superdotado podrá suponer un plus de atención, pero también proporciona grandes satisfacciones. Que nadie te haga creer lo contrario».

También el doctor Berché acaba su libro *Guía para padres de niños con altas capacidades* con el siguiente párrafo: «Si tenéis la extraordinaria suerte de tener un hijo superdotado, sabéis que se inicia una aventura maravillosa pero que, como habréis constatado, no es fácil, (en esta vida nada lo es). No temáis por la responsabilidad que supone y disfrutad con él. Si lo conseguís, felicidades. Ellos se sentirán dichosos de poder expandir su creatividad y de compartirla con vosotros, y vosotros estaréis orgullosos de contribuir a su desarrollo».

Volar muy alto con los pies en el suelo. Vivir en sociedad

Al entrevistar a unos padres de un niño con altas capacidades queda patente el difícil equilibrio entre la defensa de la identidad de cada uno y la convivencia en sociedad. Reproducimos aquí un fragmento:

«Cinco minutos. Lo tenemos calculado. Cuando vamos a alguna actividad dedicada a los niños en algún museo o centro cultural, algún taller infantil, alguna cosa en la que S. tenga que participar, es el tiempo promedio en que el monitor responsable de la actividad le mira y acaba diciendo con simpatía: «Qué niño más listo!». Normalmente es con simpatía. Otras es con un punto de sarcasmo o hartazgo de ese niño que siempre sabe la respuesta correcta a la pregunta que el monitor,

con toda su buena intención, suelta al aire para entrar en el siguiente tema que quiere explicar.

Ahora S. ha aprendido que a veces tiene que callarse y dejar contestar —o como mínimo pensar— a los otros. Le hemos explicado que no es que tenga que disimular, porque tiene un don muy preciado, pero que sí tiene que compartir su tiempo con otras personas que no pueden ir tan rápidas como él. Yo, como adulta, entiendo perfectamente la situación del monitor o profesor que lidera una actividad conjunta y que ve cómo un solo alumno le puede desestabilizar todo el grupo. S., como niño, tiene que entender que vive en sociedad. Esta es la frase que le vamos repitiendo por activa y por pasiva. Tiene que aprender a convivir con los demás».

Oferta laboral: Se busca trabajador/a para contrato fijo. Condiciones imprescindibles: ser curioso, querer trabajar, querer hacer sin miedo a equivocarse, atreverse, tener control emocional, empatía, habilidades sociales, liderazgo, capacidad de entrega y sacrificio, saber escoger metas y estrategias. Casi nada.

Lo que los expertos llaman inteligencia ejecutiva tiene que ver con eso. Con «usar bien» lo que uno tiene para ponerse manos a la obra, ejecutando los proyectos que se quieran llevar a cabo.

Si los niños de altas capacidades son ayudados a no quedarse en su nube de ideas, a concretar, a no quedarse solamente en el análisis y la reflexión, sino a bajar «a la tierra» a ponerse manos a la obra y hacer realidad lo que han pensado, ellos y la sociedad que les rodea saldríamos ganando, y mucho.

Además, ellos ven muy claro la globalidad de la situación. Como aquel S. de diez años que explica: «No sé qué pasa, pero cuanto más leo sobre este tema, más me doy cuenta de que me faltan saber muchas más cosas».

A una compañera de clase de S. le preguntan sus padres a cuál de sus compañeros se llevaría a una isla desierta. Sin dudar, responde que a S. «porque sabe sobre tantas cosas y tiene tantos conocimientos sobre supervivencia que yo no correría ningún peligro».

Un amigo de S. le explica a sus abuelos: «El otro día S. estaba explicando una cosa de unos animales, y lo explicaba tan bien, sabía tanto que... ¡me he emocionado!».

Si los adultos lo sabemos hacer bien, podemos transmitirles a todos los niños que la diferencia es enriquecedora y muy interesante. La sociedad y la escuela deben transmitir que destacar no es algo negativo, y las familias, por su parte, deben saber que el hecho de «ser» de alta capacidad no te lo da todo hecho.

Los talentos, para que den fruto, se han de trabajar.

El doctor Berché repite hasta la saciedad: «La inteligencia, sin esfuerzo, no sirve para nada». El lema que

encabeza el blog de Tournon es: «El talento que no se cultiva se pierde».

El cuento de la liebre y la tortuga ejemplifica la importancia de la constancia y el esfuerzo frente a la prepotencia y la vanidad ante una capacidad —la rapidez de la liebre— que no te has ganado a pulso nunca. Otro ejemplo muy claro es el de una persona muy alta. Su altura, por sí misma, no lo capacita para convertirse en un buen jugador de baloncesto. Eso solo lo conseguirá si entrena y dedica esfuerzo y constancia. Si no, no solo no sabrá jugar a baloncesto, sino que, además, su altura le puede provocar dolor de espalda.

El filósofo y pedagogo José Antonio Marina utilizaba en un artículo de opinión publicado en prensa la parábola de los talentos para poner de manifiesto que los dones que se reciben están ahí, pero que lo importante es el empleo que se hace de esa capacidad.

Permitidme que me alargue, pero voy a escribir aquí toda la parábola evangélica, relatada por san Mateo, porque me parece una historia magnífica para todas las personas, también las de altas capacidades. Recordad que los talentos eran monedas de mucho valor.

La parábola de los talentos

«Un hombre que iba al extranjero llamó a sus siervos y les encomendó cuidar de sus bienes. Al primero le dio

cinco talentos, al segundo le dio dos y al tercero le dio uno —a cada uno según su capacidad— y se marchó.

En seguida, el que había recibido cinco talentos los hizo trabajar y ganó otros cinco. Igualmente, el que había recibido dos ganó otros dos. En cambio, el que había recibido un talento se fue, cavó un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.

Al cabo de mucho tiempo el señor regresó a su casa y ajustó cuentas con los tres siervos. El primero le presentó los diez talentos: «Señor, me entregaste cinco talentos, aquí tienes otros cinco que he ganado». Su señor le dijo: «Muy bien, siervo bueno y fiel. En lo poco has sido fiel, al frente de lo mucho te pondré. Entra en el gozo de tu señor». El segundo llegó con los cuatro talentos y recibió la misma respuesta del señor.

El tercer siervo llegó frente al señor con su talento: «Señor, sé que eres un hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste. Por eso me dio miedo y escondí en tierra tu talento. Toma, aquí tienes lo que es tuyo». El señor le respondió: «Siervo malo y perezoso, sabías que yo cosecho donde no sembré y recojo donde no esparcí. Debías, pues, haber entregado mi dinero a los banqueros y así, al volver, yo habría cobrado lo mío con los intereses. Quitadle, por tanto, su

talento y dáselo al que tiene los diez talentos. Porque a todo el que tiene, se le dará y le sobraré, pero al que no tiene, aún lo que tiene se le quitará».

La palabra *talento*, después de muchas vueltas filológicas, pasó de significar una moneda valiosa a un don que se recibe de Dios y que hay que hacer fructificar. Actualmente, el carácter innato se ha ido difuminando y se da más importancia al empleo que se hace de ese don, de esa capacidad. El talento es, entonces, el «buen uso» de la inteligencia.

Entusiasmo y una sonrisa

S. le dice a su madre: «¿No dices siempre que con educación y una sonrisa se puede pedir todo? Pues eso es lo que he hecho». Así se explica cuando sus padres se quedan con la boca abierta cuando vuelve triunfante de pedir por favor que le enseñen tal cosa —cerrada normalmente al público— en un museo, o cuando consigue que le dejen la llave del ascensor para llevar a la abuela de una amiguita en silla de ruedas.

Muchos supermanes pueden tener una espontaneidad tan genuina, sin trampas, que consiguen que se les abran muchas puertas. Además, su sentido del humor, su alegría y su entusiasmo por vivir la vida a tragos provoca situaciones muy divertidas y muy curiosas.

Con diez años, S. ha llamado por teléfono y, de despacho en despacho, ha conseguido hablar con el director de la revista del zoológico de su ciudad. Su madre no sabe nada de todo esto y, de repente, le oye hablar con un desconocido al otro lado de la línea: «*Me preguntaba si me podríais publicar un reportaje que he escrito este verano sobre un animal que me gusta mucho*». La madre se queda con la boca abierta, y cuando ya quiere coger el teléfono y disculparse, al otro extremo de la línea contestan muy amablemente y le dicen que sí, que lo envíe y valorarán su posible publicación. Después le dirán a la madre: «¡Qué entusiasmo tiene, ojalá muchos más niños reaccionaran así!».

También con diez años, S. está en la puerta del colegio jugando con sus amigos. De repente, desaparece y cuando la madre lo vuelve a ver está saliendo de dentro de la escuela cargado con tres libros bajo el brazo. «Vengo de la biblioteca, no los he cogido en préstamo porque no llevaba el carnet. Solo me los han *dejado un momento*, porque tengo que demostrarle a Fulanita que no hay glaciares en Huelva». S. quería refutar la tesis de su amiga contundentemente. Al final se deshace el entuerto: la niña se refería a las salinas, no a los glaciares.

Cuando insistimos en que los niños de altas capacidades tienen que aprender a vivir en sociedad, también nos referimos a esto, a no perder el entusiasmo por la vida, a querer aprovechar al máximo los momentos y disfrutar

del camino. Que a veces se tengan que adaptar no significa que se tengan que dejar morir por dentro.

Porque no hay que olvidar que hay muchos que sufren, que se inhiben constantemente, que viven una lucha interna constante. Para explicarlo de una manera más risueña, un S. de nueve años decía: «Cuando era pequeño me hacía el chulillo, pero ahora sé que eso no está bien y no lo hago».

Actitud constructiva

Me gusta hablar con personas de altas capacidades que ya son adultas para ver cómo han llegado a su madurez y qué camino han hecho. Estoy hablando con un profesor de instituto, superdotado, que me dice: «Estos niños tienen que aprender a aburrirse y a bajar su nivel cuando están con otras personas». Yo le contesto: «¡Qué triste!», y él me responde con naturalidad: «No. ¿Por qué?».

Me quedo muy sorprendida y me explica su punto de vista: «¿Es triste que un jugador de baloncesto que mide 2.10 no tenga compañeros de clase que midan lo mismo que él? ¿Tiene que pedir que en las tiendas de ropa haya camisetas de su talla para todos los niños?».

Probablemente sea mejor para los niños que no les transmitamos amargura, resentimiento o frustración. Es más sano para él que crezca con esa actitud positiva y constructiva: él tiene esa capacidad, pero no puede, por-

que *no es posible*, colmar sus ansias de saber a todas horas en el colegio, porque el resto de sus compañeros no son como él. Debe buscar cosas que le motiven intelectualmente, pero también debe saber quitar hierro a más de una situación que no le gustará.

Otra profesora, madre de dos hijas mayores de altas capacidades, me propone otro ejemplo: «Una persona ciega tiene que adaptarse a vivir en sociedad, no puede esperar que toda la gente que le rodea se vuelva ciega para sentirse comprendido. Ahora bien, si tiene un bastón o un perro lazarillo o un reloj adaptado, su vida será más fácil y feliz y también estará mejor habilitada para vivir en sociedad, porque necesita ayuda».

El filósofo, teólogo, escritor y profesor universitario Francesc Torralba, que también es colaborador en el Observatorio Faros de la Salud para Niños y Adolescentes, afirmaba en una entrevista realizada por «La Granja» (granja escuela que se dedica a la educación de los niños a través de las emociones) lo siguiente: «La excelencia es esfuerzo y humildad sobre un talento que te es dado. Con talento solo no hay suficiente y con esfuerzo solo tampoco para llegar a la excelencia. Tenemos que enseñar a nuestros hijos y alumnos a descubrir los talentos porque no todos valemos para lo mismo».

Carmen Sanz Chacón es psicóloga especializada en superdotación, que vive en primera persona desde la infancia. Creó la fundación El Mundo del Superdotado

y ha escrito, entre otros libros, *La maldición de la inteligencia* (editorial Plataforma), un buen manual para padres, maestros y profesionales sanitarios.

Sanz ha afirmado, en su libro y en numerosas entrevistas, que ser muy inteligente «puede convertirse en una maldición» y que es importante salir del armario «sin avergonzarse y sin alardear. Es una característica que no te hace mejor ni peor. No debes ocultar ni tus defectos ni tus talentos».

Entre los consejos que les da a los adolescentes, por ejemplo, en una entrevista a *La Vanguardia*, es que, aunque les aburra, miren la tele y se informen de banalidades para poder mantener conversaciones, relacionarse y tener amigos.

S., a veces, está con todos sus amigos jugando en la plaza o en el parque, y está un rato subido a un árbol. No está triste, ni enfadado, ni marginado, simplemente ha necesitado un rato de subirse a *su* árbol y pensar en *sus* cosas. Vale la pena normalizarlo lo más posible, aceptar que a veces necesita eso, un ratito, y luego ir allí y hablar con él, preguntarle qué tal se está por ahí arriba y después volverlo a integrar en el grupo.

Acabaré con un ejemplo real que me hace pensar sobre cómo desarrollamos nuestros talentos y cómo construimos nuestra vida de manera más o menos positiva. En mi barrio hay una verdulería y una pescadería. Las dos dueñas trabajan despachando. La verdulera afirma

públicamente que no le gusta la verdura y casi ninguna fruta, mientras pesa sin ganas los encargos de los clientes. La pescadera asegura que le gustan todos los pescados y mientras corta y rebana va dando recetas caseras, contando chistes y explicando trucos de cocina. ¿Quién es más feliz?

«La profesora confía en mí». *La motivación en el colegio*

A la hora de hablar con las familias siempre surge el tema de la adaptación al colegio de los miembros del club de los supermanes. ¿Aburrimiento? ¿Frustración? ¿Rebeldía? Reproducimos aquí un fragmento:

«Mi hijo ha descubierto la sopa de ajo. El otro día me dijo: «Mama, sería chulo que en la escuela todos tuviéramos un dossier, un libro o una *tablet* y que cada uno siguiera su ritmo. La profesora nos iría ayudando a todos, a los que van más rápido y a los que van más lentos».

En líneas generales, no podemos quejarnos con el colegio. Más o menos, le están atendiendo bien, pero

sigue habiendo ideas preconcebidas que cuesta derribar. ¿Por qué es obligatorio que lleve por escrito en cinco folios la preparación para un control que él ya se sabe de memoria? Si ya se lo sabe, ¿qué sentido tiene? Si lo que quiere la tutora es que adquiera el hábito de estudio y organización, que le permitan hacer la preparación profundizando en ese tema, por ejemplo, porque está aburrido y frustrado cada tarde llenando por obligación hojas de «preparación» que no necesita. Es como si a mí, cada vez que voy a preparar tortilla de patatas, me hicieran escribir antes la receta. ¡Si ya la sé hacer!».

Hay una frase que a mí me gusta mucho. La escuela es la segunda casa del niño, pero la primera escuela es su casa.

La familia y la escuela no son enemigos. Al revés. Deben ir al compás, remando juntos para un fin común, que es el bienestar del niño y su educación completa. De nada sirve entrar en una escuela con exigencias que luego no se cumplen en casa o, al revés, culpabilizar a los padres por algo que no se hace en el aula.

La escuela, en términos generales, hace todo lo que está en su mano para responder a las necesidades educativas de todo el alumnado. No debe ser fácil atender a veinticinco o treinta personas con necesidades tan diversas y a menudo con falta de recursos, escaso apoyo político y poca formación específica en temas concretos, como el de las altas capacidades y otras situaciones que

se salgan del estándar en el que, lógicamente, se mueve el grupo de alumnos de cada curso.

Por eso es importante que entre la familia y la escuela exista una relación de diálogo y de cooperación para poder expresar opiniones e inquietudes, aportar ideas y ofrecer o pedir ayuda.

Aburrido o frustrado

Demasiadas veces los alumnos con altas capacidades tienen que escuchar las frases «espera», «eso ahora no toca», «ya sé que lo sabes, ahora deja responder a tus compañeros», «no tengo tiempo para explicarte esto, nos quedan muchos otros temas por hacer». Muchas veces se cita que estos alumnos se aburren en clase. Pero a menudo lo que pasa es lo que dijo un día S: «No es que esté aburrido, es que estoy frustrado».

Con nueve años S. acaba de empezar 5.º de primaria. Escribe una redacción muy elaborada y cuando su madre la revisa para vigilar si ha hecho buena letra —el caballo de batalla diario— lee una expresión muy rebuscada, aunque totalmente correcta en el contexto. Le pregunta: «¿Sabes qué significa esto?» y S. contesta «sí», y la explica. Su madre responde: «Vale, entonces perfecto». Tras un segundo de silencio S. coge la goma de borrar y dice: «Lo voy a cambiar por algo más fácil, porque si no, se van a pensar que lo he copiado».

¿Tiene que disimular siempre el club de los supermanes? ¿Deben aprender a esconderse? Rotundamente creo que no. Es justo para ellos que puedan expresar todo lo que llevan dentro, que puedan desarrollar sus capacidades y potencialidades. Y también que aprendan a encontrar el equilibrio entre compartir su conocimiento y sus ansias de aprender más, y ayudar a los otros y dejar que todos evolucionen a su ritmo.

¿Alguien se imagina al padre de Messi diciéndole: «Niño, no metas tantos goles, deja que los otros también toquen pelota»? ¿O a la maestra de Picasso diciéndole: «Haz un dibujo más normal, no te salgas de la línea, rompe esa pintura con colores tan raros»? ¿O al padre de Mozart espetándole: «Toca un poco peor, por favor, que nadie note que esta sinfonía es tan bonita»?

Pues, aunque parezca mentira, muchos supermanes se encuentran con frases de este estilo cada día, en muchas asignaturas, en todo tipo de colegios.

Aprender a convivir

S. explicaba en casa un día: «Fulanita ha sacado muy buena nota en la redacción, porque aunque el tema era flojito lo hizo con buena letra y alrededor pintó una cena». No soporta que se prime la presentación de una tarea escolar sobre el contenido en sí. Pero, aunque a veces sea injusto, debe aprender a «aguantar» cuando toca.

Los muchos años que el niño pasará en el colegio pueden resumirse en una filosofía muy sencilla que los expertos resumen en «límites y ternura», es decir, el mismo tándem que debería regir la educación en general, tanto en la escuela como en casa o en la sociedad.

El club de los supermanes debe aprender especialmente la importancia de «pasar por el aro» cuando toca. Y a ellos les toca aguantar y aprender que la primera impresión es importante, que aunque presenten un trabajo con un contenido profundo y de calidad, si la presentación es descuidada, con faltas de ortografía, con mala letra o con líneas torcidas, les va a contar negativamente. Las hermanas de S. le decían: «Si conoces a alguien que va bien vestido o es guapo te da buena impresión al principio, aunque luego sea mala persona. Con las redacciones o trabajos del cole es lo mismo».

Y, de la misma manera que deben aprender a someterse a las normas ortográficas y estéticas para que los demás puedan entender lo que están escribiendo, también deben aprender otras normas no escritas que quizá no queden tan claras. Un ejemplo es la clara tendencia del club a «complicarse la vida». Llegaba un problema de matemáticas y, a menudo, en vez de encontrar la solución fácil, se ponían a buscar vías alternativas. O llegaban a la misma solución pero dando unos rodeos fenomenales. A veces es porque creen que la pregunta tiene «trampa», es demasiado fácil.

Tienen que aprender que, en casa, pueden divertirse buscando vías alternativas y creativas de enfrentarse a un algoritmo, pero que en un examen no les conviene perder tiempo y han de aplicar la vía que les han enseñado en clase.

Tienen que aprender, también, que no se puede estar siempre con la mano levantada para responder porque el resto de la clase también quiere participar.

«La profesora confía en mí»

Hasta aquí algunos ejemplos de lo que sería «pasar por el aro» de convivir con otros niños en una escuela. Lo que sería adaptarse —no esconderse, ni rebajarse, ni resignarse— y aprender a vivir en sociedad. Pero también hay que insistir en la otra cara de la moneda. *Quid pro quo*. Una de cal y una de arena.

Si se le pide al niño justamente límites, luego hay que darle ternura, darle cancha, para que no se resienta la parte más importante, la emocional. Permitirle también que pueda desarrollar su creatividad en la resolución de problemas. Dejarle también que conteste y pueda explicar detalles de un tema que la profesora está explicando en líneas generales. Darle también, de vez en cuando, una palmadita en el hombro. Porque, a veces, de tanto hacerles callar para que los demás niños puedan aprender, nos olvidamos de que los S. también necesitan que les aplaudan alguna vez.

Hay muchas escuelas y profesores que están dando un énfasis especial en poner al niño en el centro del camino del aprendizaje, para que cada uno pueda desarrollar sus potencialidades a su propio ritmo. En nuestro país hay numerosas experiencias al respecto en muchas escuelas, y en otros países tienen muy desarrollada la aplicación de la teoría de las inteligencias múltiples en el día a día de las escuelas.

Pero, a veces, las cosas pueden ser muy sencillas. Basta con aplicar el sentido común y saber ver cuándo un niño necesita que le den cancha.

S. regresó un día del colegio con una cara radiante de alegría. Le explicó a su madre: «Me parece que la profesora ya confía más en mí. Me ha dicho que sobre el tema que estamos haciendo ahora en Naturales yo puedo hacer un Power Point en casa y luego enseñarlo en clase. ¡Qué ilusión!». La clave de este ejemplo de buena praxis de una profesora es esa frase: «Confía en mí». S. se ha sentido valorado y, además, le han puesto un reto que afrontará con ilusión.

Dos en uno

Además, la tutora explica posteriormente que ese Power Point ha despertado en otros niños de la clase las ganas de presentar ellos también temas de investigación.

De hecho, la mayoría de recursos, trucos o ideas para llevar a cabo en clase para los niños de altas capacidades sirven para todos los niños y adolescentes. Son ideas para motivarlos, para que sepan relacionar mejor los conceptos teóricos con su aplicación práctica en la vida real.

Se habla de una educación que motive, que anime a la participación, a la iniciativa, a la autonomía y responsabilidad, que fomente el espíritu crítico. Aplicar todos estos conceptos en la escuela es una buena inversión de cara a todos los niños del aula, no solo a los de altas capacidades, como una especie de «dos por el precio de uno». ¿Por qué, entonces, a veces cuesta tanto que se aplique?

Del rap al haikú

S. tiene que escribir un poema para Castellano. Tiene que ser un poema corto porque han escuchado letras de canciones rap. Un atardecer, en el coche, se le ocurre un poema sobre la luna y lo dice en voz alta. Su madre dice: «Qué cortito, parece un haikú». S. pregunta qué es un haikú. La madre contesta: «Es un tipo de poema japonés muy corto, pero, sinceramente, no sé si tiene que ser de una determinada manera para que se considere un haikú».

S. se pone literalmente a temblar hasta que no consiga llegar a casa y coger la *tablet* para buscar en Google qué es un haikú. «*Necesito* saber si mi poema es un haikú»,

afirma. Al cabo de un rato intentando desengancharle para ir a cenar, suplica: «Es que quiero saber más».

De enlace en enlace ha llegado a la información sobre el tipo de espiritualidad y simbolismo que recrean las letras del alfabeto japonés y lo que significa un haikú. En una hora hemos pasado de un pequeño poema surgido en voz alta en el coche a una lección de filosofía y cultura nipona. La madre de S. dice en tono de broma: «Qué bien, la profesora de Castellano (que es nueva) te ha encendido el gusto por la poesía». S. contesta: «Es que es muy buena profesora. Todo esto ha llegado porque nos hizo escribir la letra de un rap, y de allí hemos pasado a la poesía».

9
AÑOS

«¿Cómo puede el cerebro asimilar toda la información que le llega?».

9
AÑOS

«Yo no hago nunca la siesta, no es mi ritmo de vida».

6
AÑOS

Pone su sillita delante de su madre:
«Mama, explícame TODO lo que sabes».

13
AÑOS

«Me da igual lo que digan los tests, yo soy tonto».

8
AÑOS

Padre: «El fondo del mar es el gran desconocido del planeta Tierra. Se cree que el 80 % de los animales de los océanos no se conoce aún».

Hijo: «¿Cómo saben que el 80 % de los animales del mar no los conocemos si no sabemos cuánto es el total?».

**6
AÑOS**

«Los videos de Youtube que más me gusta ver son los de operaciones quirúrgicas».

Enfermo, en el médico. «Me duele todo, hasta el cúbito y el radio».

**5
AÑOS****8
AÑOS**

«¡No sé si ser astronauta o jardinero! O las dos cosas, y plantar huertos en la Luna».

**10
AÑOS**

A media tarde, paseando por la calle: «¡Jolines, a veces no entiendo a Einstein!».

«Ya sé que los peces respiran por las branquias, pero, si el agua es H_2O , ¿cómo lo hacen para romper las moléculas del agua y quedarse solo con el oxígeno?».

**11
AÑOS**

En un museo con su familia. Se apunta a la visita para niños con un juego de pistas mientras sus padres y hermanos ven el museo. Al acabar el juego de pistas reclama: «Ahora yo también quiero hacer la visita al museo de verdad, porque al hacer solamente el juego de pistas me he perdido muchas cosas que vosotros sí habéis visto».

9
AÑOS

«Cuando era pequeño me hacía el chulillo, pero ahora sé que eso no está bien y no lo hago».

5
AÑOS

Sus padres llevan un día muy atareado y sin poderle dedicar mucha atención. «Estoy flojo porque vuestros besitos y vuestro amor son mi energía».

6
AÑOS

«En el colegio no es que esté aburrido, es que estoy frustrado».

8
AÑOS

**10
AÑOS**

Escribe una carta a un periódico, quejándose: «Hay un error en un titular que pone: ¿Cómo podemos solucionar los problemas del futuro? Es un error, los problemas del futuro no los podemos solucionar porque no los podemos saber, en todo caso los podemos prevenir».

**5
AÑOS**

Un conocido le da un beso en la cara y él se limpia la mejilla con la mano. La madre le regaña y él contesta: «Me limpio el beso de la cara, pero los amores me quedan dentro».

**5
AÑOS**

«No sé qué pasa, pero cuanto más leo sobre este tema más me doy cuenta que me faltan saber muchas más cosas».

**11
AÑOS**

«Yo, de mayor, quiero ser activista».

3
AÑOS y apunta
maneras

Su hermano de seis años, de altas capacidades, tiene un ataque de angustia. El pequeño se acerca a la madre preocupada: «Mamá, tranquila. Lo que pasa es que está triste, y cuando está triste se enfada. Pero él es así, ha nacido así».

10
AÑOS

«¡Ay, a ver cuándo
puedo empezar
Física Cuántica!».

7
AÑOS

«Mamá, no
quiero ir más al cole.
Es una tontería aprender cosas
que puedo encontrar por internet
y operaciones que puedo hacer
con la calculadora. Realmente
no me servirá para nada
en la vida».

12
AÑOS

«Cada
nuevo curso es
lo mismo de antes y
un poquito más, ¡qué
frustración!».

**11
AÑOS,**
suspirando

«Si en clase me enseñaran algo que me interesara y que sirviera para algo...».

**6
AÑOS**

«En clase no hablo porque no me entienden».

**6
AÑOS**

«Pues yo tengo una prima. Menos mal, porque si no hubiera mujeres, no nos podríamos reproducir». El niño contesta: «Y nos extinguiríamos». Y el de seis años responde: «O todavía seríamos bacterias, que tienen reproducción asexual».

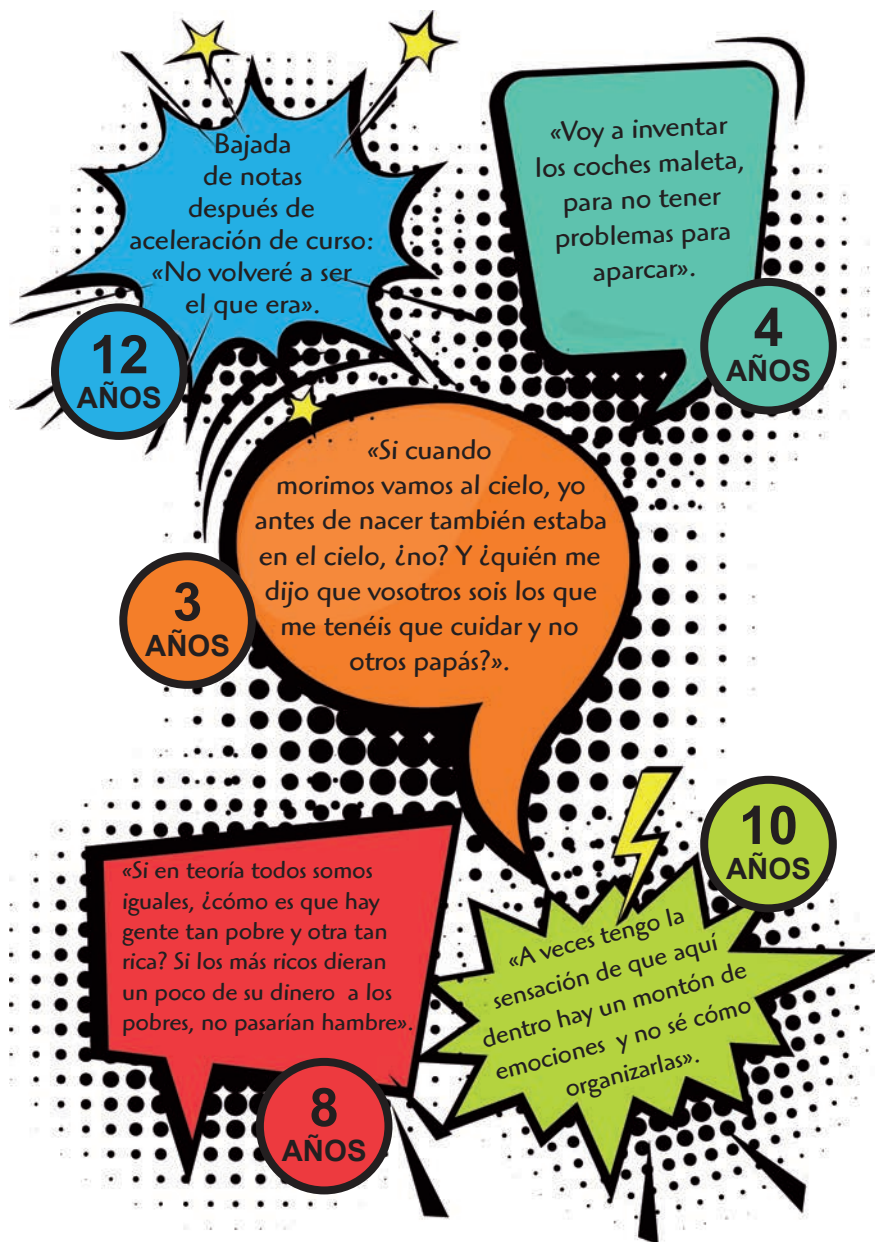
hablando con un niño más mayor que solo tiene hermanos varones

**6
AÑOS**

«Yo no tengo frío. Por dentro soy como el corazón de la Tierra».

**5
AÑOS**

«¿Por qué tengo que pintar por dentro de las rayas si yo lo que quiero saber es cómo funcionan los huesos y los músculos?»





El reto de la diversidad. Equidad, igualdad y calidad

Por las redes sociales corren dibujos y caricaturas que reflejan muy bien cómo se sienten muchos padres y niños. Una serie de animales, en fila, delante de un tribunal de profesores, preparados para hacer un examen. Un mono, un elefante, un pingüino, incluso un pez dentro de una pecera. El profesor anuncia: «Todos realizarán el mismo examen. Trepén a ese árbol». El pobre pez va a creer toda su vida que es un inútil.

El filósofo, ensayista y pedagogo José Antonio Marina ha dedicado su vida a estudiar e investigar sobre el desarrollo humano. Fundador de la Universidad de Padres, ha escrito numerosos libros en los que ha analizado temas como la educación, la creatividad, el talento, la valentía, la motivación, la convivencia... Según explica en su web,

ha dedicado toda su labor de investigador «a la elaboración de una teoría de la inteligencia que comienza en la neurología y termina en la ética. La función principal de la inteligencia no es conocer, sino alcanzar la felicidad y la dignidad».

En numerosas entrevistas y artículos de opinión Marina ha defendido la importancia de una educación de calidad que englobe, según el proverbio africano, a «toda la tribu», y que desde la escuela se cambie el punto de vista para centrarse en la persona. Siempre destaca que todas las personas tienen un talento u otro, y que hay que descubrirlo y alimentarlo. A menudo afirma: «La mayor equidad es que cada niño pueda desarrollar de forma excelente su talento. Eso no significa que todos llegarán al mismo resultado, porque los niños son muy diferentes».

Siempre ha defendido la necesidad de un gran pacto educativo y ha reivindicado la figura del docente como la conciencia educativa de toda la sociedad. En cuanto a las altas capacidades, explica que hay dos formas de entenderlas: «una, especializada, considerando que el niño tiene una habilidad y una motivación especial. La otra es más global, más personal e integrada. Los expertos están evolucionando hacia esta idea más compleja. Para designarlo utilizo la palabra *talento*».

Marina a menudo ha resultado polémico en sus opiniones porque, como él afirma, «con la verdad no se va

haciendo amigos». Pero siempre ha lamentado que la sociedad española tiende a la uniformidad, a diferencia del mundo anglosajón, donde se valora el talento por encima de envidias y personalismos. En muchas conferencias y entrevistas ha insistido en que España debe decidir si convertirse en «el bar de Europa» o jugar en primera línea en la educación y el cultivo de las potencialidades de cada uno.

Coincide con Marina la psicóloga Carmen Sanz, fundadora de El Mundo del Superdotado. En una entrevista a *La Vanguardia* afirmaba: «En España somos muy dados a igualar por abajo. Pero la igualdad debería ser de oportunidades, y cada cual con sus talentos. Yo no sé cantar, ¡pero no pido al que canta bien que no cante y se oculte!».

Un ejemplo de cómo se valora el talento lo puede dar el matemático David Calle, que ha abierto un canal de Youtube, Unicoos, donde comparte sus conocimientos en tutoriales *on line* que se han convertido en clases particulares gratis para jóvenes de toda España. Insistimos en el concepto gratis porque, como él mismo lamentaba en alguna entrevista, casi no ha encontrado patrocinadores que contribuyan a que el canal sea rentable además de útil, pese a que sus videos suman más de 85 millones de visualizaciones. Todo lo hace con buena voluntad y muchas horas de trabajo. La recompensa económica a ese talento es prácticamente cero, mientras cualquier tontería aireada a los cuatro vientos en cualquier red social

consigue miles de seguidores y de patrocinadores en dos días. Al menos, en 2017 David Calle quedó entre los diez finalistas en el prestigioso premio Global Teacher Prize.

«No te preocupes, que no se aburrirá»

Lógicamente, la escuela está montada para la mayoría de la población. Es de justicia que todos los niños tengan acceso a una educación de calidad, que reciban unos contenidos, aprendan unas competencias, estimulen unas capacidades. Conseguir que esto llegue a todos, los que necesitan atención a la diversidad por un extremo o por otro, es la cuadratura del círculo. Nadie dice que a los niños de altas capacidades se les tenga que dar trato de favor, lo que se reclama es su derecho a que puedan desarrollar su potencial y sean felices. Nadie dice que no tengan que estudiar y aprender el currículum obligado. Lo que se quiere es que hagan *más*, pero no añadiendo a lo bruto tareas para ir sumando horas y actividades.

La web aacclarebeliondeltalento.com surgió de la indignación por el retroceso que la nueva normativa de la Comunidad de Madrid implicó para el tratamiento de las altas capacidades. Escrita por las autoras Paulina Banfalvi y Silvana Prats, tiene una entrada en la que cita la frase de una maestra a una madre que le explica que su hijo es superdotado. «No te preocupes, que no se aburrirá». Suena a amenaza, ¿no?

El club de los supermanes no necesita que les atiborren de materia extra para hacer «después» del trabajo de todos. Necesitan materia «en vez de» y no «además de», como explican muy bien en esta completa web.

Copio textualmente, con su permiso, el ejemplo que escriben en su web porque me parece muy bueno para entender qué ocurre si se considera que el enriquecimiento es, simplemente, «más»:

«Imaginemos que son las 14 horas y es un gran día. Vamos a comer a un restaurante del que nos han hablado muy bien, estamos ilusionados, expectantes, se nos hace la boca agua solamente de pensar en los manjares que vamos a comer, pero lamentablemente antes debemos pasar por casa de nuestra suegra. Y nuestra suegra no concibe la idea de que siendo la hora que es no comamos alguna cosilla al menos para aguantar, y entonces empieza el drama: sin saber cómo, hemos comido. ¡Mucho! No ha sido demasiado succulento, más bien será una comida que no recordaremos en el futuro más inmediato, nos ha dejado una saciedad pesada y, lo peor, ya no tenemos ganas de arrastrarnos hasta el prometedor restaurante. Nos quedamos durmiendo la siesta en el sofá de casa de nuestra suegra».

«Pues ni más ni menos esto es lo que ocurre si no compactamos el currículo del alumno de altas capacidades antes de que empiece a trabajar en los prometedores enriquecimientos que hemos preparado para él (y que

obviamente no suponen un «más de lo mismo»). Si le pedimos que antes haga todas las tareas igual que sus demás compañeros, solo conseguiremos que se «duerma», que se ralentice, que se desmotive... y que finalmente, cometa errores en cosas que ya tiene adquiridas, pues su atención se ve desgastada por el hastío y la falta de reto al que sobrevive día a día».

Darle «vidilla» intelectual

A los niños con altas capacidades hay que ayudarles, al menos al principio, a que sepan convertir sus planes en realidades. Tienen que aprender a concretar, a focalizar, para no quedarse en la fase de «me gustaría hacer» o «podría hacer» y llegar al «voy a hacer» y «he conseguido hacer».

Y no hay que olvidar que, en contra de otro de los tópicos, no son niños «de 10». A menudo se quedan en «8» porque una vez ya han visto la mecánica de un problema, de una tarea escolar, una vez han descubierto «cómo se hace» una determinada cosa, ya están satisfechos. Se lanzan a investigar otra cosa y no profundizan en la anterior. A veces, el camino del aprendizaje parece más una montaña rusa.

Al intentar hacer comprender al niño que tiene que esforzarse en focalizar y concentrarse pueden darse situaciones divertidas como esta: S. se pone a estudiar

para un examen. Su madre, en ese momento, no sabe qué va a hacer, si preparar el examen o deberes en general. Le pregunta, en genérico: «¿Qué tienes que hacer?» y S. responde: «Primero, relajarme. Respirar hondo y contar hasta 10. Segundo, concentrarme y no pensar en nada más que en preparar bien el examen».

Hay muchísimas frases de niños del club que ejemplifican cómo se sienten en el cole. Una niña de diez años suspira dramática pero sinceramente: «¡Ay, a ver cuándo puedo empezar física cuántica!». Otro, de doce años, se lamenta: «Cada nuevo curso es lo mismo de antes y un poquito más, ¡qué frustración!». Uno de seis años comenta: «En clase no hablo porque no me entienden». Otro ha rellenado la ficha que pide que unas con una línea el número 1 y el 15 con una raya directa, sin pasar por todos los números sucesivos, y al ser preguntado ha respondido: «Es que es obvio». No pueden entender que se les pregunte tamaña «tontería».

Dos ejemplos muy claros de la manera diferente de pensar y cómo eso choca con un método de evaluación estándar. En un control de Castellano, para un niño de siete años, el enunciado era: «Ordena alfabéticamente las siguientes palabras». Le pusieron un cero. Pero la respuesta del niño no está mal. Incluimos la tabla con las palabras, la respuesta del niño y la respuesta esperada por la profesora.

Enunciado	Respuesta del niño	Respuesta esperada
Gallina	C Gallina	3 Gallina
Delfín	B Delfín	2 Delfín
León	D León	4 León
Tigre	G Tigre	7 Tigre
Oveja	F Oveja	6 Oveja
Leopardo	E Leopardo	5 Leopardo
Conejo	A Conejo	1 Conejo

Otro ejemplo: examen de Matemáticas para un niño de siete años. Enunciado: «Escribe el doble de...», seguido de una serie de operaciones, con números de una y de dos cifras. El niño escribe todas las soluciones directamente, sin escribir todo el proceso de, por ejemplo, « $12 + 12 = 24$ ». La profesora le riñe y le pregunta cómo lo ha calculado. El niño responde: «Pensándolo». Quizá hay que explicar cómo ha llegado a una conclusión, pero ¿no estaremos rozando el ridículo?

Otro eterno debate en torno a los niños de altas capacidades es si es mejor ir a una escuela normalizada o llevarlos a escuelas específicas para niños superdotados. Muchos expertos coinciden en que ir a escuelas específicas es únicamente recomendable para niños cuyas altas capacidades sean realmente muy «altas» y necesiten una atención específica e individualizada en el 100 % de las clases.

Dependiendo de la voluntad de los equipos directivos y de cada profesor, de la creatividad de cada uno a la hora

de desarrollar la metodología de su materia, el chaval estará más o menos motivado en la escuela. Hablando con diferentes padres de niños ya mayores, y con profesores, coinciden en que, al menos, haya algo en el centro escolar que «enganche» al niño. Puede ser la música, o la robótica, o que hagan concursos de poesía cada año. Algo que conecte con sus capacidades y que lo haga sentirse con ganas de mejorar y progresar.

Una madre de una niña S. de veintidós años explicaba: «Buscamos una escuela donde, al menos en una cosa, no tuvieran techo, que en nuestro caso fue la música. Hay tantas asignaturas en las que se tienen que «aguantar» porque eso «todavía no toca», que al menos en eso mi hija tenía una vía de escape para expresarse sin techo, es decir, sin tener que encajar en los límites que se presuponen».

Un profesor de Matemáticas de un instituto, también él de altas capacidades, resume: «El mejor colegio siempre será el que esté más acorde con las prioridades de cada familia y sus valores internos, para que se desarrolle de una manera congruente y coherente. A partir de ahí, lo ideal es que el niño encuentre en su colegio las herramientas para desarrollar su potencial. Pero la motivación, muchas veces, tendrá que venir de él mismo. Y fuera del colegio tendrá que buscar «vidilla» intelectual que le alimente».

El sentido de las cosas. Enriquecer es de sabios

Al hablar con las familias con niños con altas capacidades queda muy claro lo difícil que resulta remar contracorriente pero seguir educando de una manera coherente. Reproducimos un fragmento de una entrevista:

«Tenemos la sensación de estar llevando un circo con un montón de pistas simultáneas. Hay que insistirle en que tiene que hacer los deberes y esforzarse en escribir con buena letra; animarle a que siga investigando por su cuenta los temas que le interesan; que tenga todo tipo de amigos; hablar con la escuela para que le ofrezcan contenidos añadidos y estimulantes. Escucharle con paciencia cuando se queja de que, otra vez, tiene que explicar cómo ha hecho una suma de dos

cifras. Felicitarle cuando acaba aquel robot que le tenía ocupado horas, aunque en la clase tenga que hacer un *collage* por el que también habrá que felicitarle. ¡Señoras y señores, más difícil todavía!».

El doctor Javier Berché pone a menudo un ejemplo que sirve para entender qué ocurre en la escuela: «Cuando vas a la zapatería, ¿qué te parecería si te preguntaran cuántos años tienes? Claro que no, lo que te preguntan es qué número de pie calzas. En la escuela nos agrupan por años porque es lo más fácil y adecuado a nivel emocional y social, pero cada uno calza un número de pie diferente, una altura diferente, un color de pelo diferente, una inteligencia diferente».

Dependiendo del nivel de desarrollo de las altas capacidades en un niño se ofrecen diversas alternativas desde el sistema educativo. Existen las aceleraciones de curso, las adaptaciones curriculares de alguna asignatura o completas, los agrupamientos, el enriquecimiento curricular... Hay quien es partidario de ofrecerles posibilidades de estar juntos con los otros niños de altas capacidades, hay quien prefiere que estén con los amigos de clase y del barrio... Normalidad y excepcionalidad tienen que vivir en equilibrio y el niño tiene que saber vivir rodeado de otras personas, porque eso es la vida. Pero sin apagarlo porque no se le deja brillar ni tampoco exponerlo como un mono de feria. La madre de un superman de dieciséis

años le dice siempre: «Tienes que estar bien con tus amigos, pero nunca te empobrezcas intelectualmente».

Un día S., en 5.º de primaria, volvió muy contento del colegio, explicando que a partir de ahora le iban a dar un dossier especial de matemáticas para hacer a la hora que tienen el aula dividida entre mates e inglés. El día que le dieron el dossier, además, le dieron una hoja con tres enigmas matemáticos para ir resolviendo en casa «a lo largo de toda la semana». Llegó a casa, se sentó en el sofá y sin coger ni un lápiz resolvió los dos primeros en cinco minutos. El tercero lo hizo en su mesa porque necesitaba el compás. La madre se lo comentó a la profesora, que contestó suspirando y sonriendo: «Vale, los buscaremos más difíciles».

Otras veces las actividades de enriquecimiento en las escuelas son como refleja un cómic de los populares personajes holandeses Fokke y Sukke. Se ve a dos niños en un aula hablando: «Hoy tenemos un taller de creatividad para hacer manualidades con rollos de papel higiénico. Y para los niños superdotados: ¡con rollos de papel de cocinal». No, señores, el enriquecimiento *no* es eso.

En el camino de vuelta del colegio a casa la madre de S. siempre le pregunta cómo le ha ido hoy. Invariablemente la respuesta es un apático: «Bien, lo de siempre». Y eso con suerte. A otros niños hay que arrastrarlos al colegio, ya que se niegan a ir porque es «muy aburrido». Pero en la Semana Cultural sobre la luz y el color han hecho un montón de talleres, en grupos pequeños, donde han

experimentado la electricidad, la descomposición de la luz y los colores o han construido una pila casera. Esa semana el camino a casa es una fiesta en que S. le explica a su madre lo que ha hecho con todo detalle. «¡Es que hoy, *por fin*, el cole ha sido muy interesante!».

Muchos de los niños supermanes son felices con una combinación de su escuela habitual, en la que se incluyan actividades de enriquecimiento curricular, y actividades externas al colegio, que pueden ser con otros supermanes, dedicadas a los temas que más les gustan. S. y muchos otros niños acuden sin ninguna queja cada viernes por la tarde a recibir clases extraescolares de matemáticas y robótica. Y allí son muy felices. Hasta que S. un día le dice a su madre: «Ojalá el cole fuera como las clases de los viernes».

A otros la «vidilla» intelectual les llega apuntándose al club de ajedrez del barrio, inscribiéndose en talleres en museos que les interesen o asistiendo a conferencias de personas que admiran. Una niña de once años dibujó una pila cuando le preguntaron cómo se sentía en las clases extraescolares específicas para altas capacidades. «Aquí me cargo las pilas».

Museo bien ordenado

El gran caballo de batalla con los niños de altas capacidades es que desarrollen buenos hábitos de estudio. A

menudo pasan la etapa de educación primaria sin despeinarse y sacando muy buenas notas. Llegan a la etapa secundaria y el tema se complica, y no digamos en bachillerato o la universidad. Si no llegan con una regularidad de estudio, con hábitos de orden, estructura, organización y buena letra, pueden tener problemas.

La tutora de S. le ha puesto dos ejemplos que a él le han gustado. El primero es que los hábitos de estudio, la buena letra, la agenda, la organización, son como los cimientos de una casa. Si lo tienes bien construido, encima puedes levantar una casa preciosa con todo lo que aprenderás después. El segundo ejemplo va sobre un museo. «¿Qué museo te gusta más: uno en que abres la puerta y te encuentras un almacén lleno de cosas sin ton ni son, o el que abres la puerta y está todo bien expuesto, ordenado en armarios y estanterías, etiquetado y limpio?».

También se insiste mucho desde la escuela en el método, el proceso, en el camino para llegar a la resolución de un problema. De acuerdo, es importante, pero es que a veces resulta casi insultante el mostrar el camino para llegar a algo tan obvio como una suma o una multiplicación.

El sentido de las cosas

Los ejemplos son buenos y ayudan a S. a entender que tiene que aprender a canalizar el ansia de saber, que en él es como un río desbordado. ¿Misión imposible? A veces

lo parece. Pero es que el club de los supermanes necesita tener muy clara una cosa para aprender.

Necesitan que las cosas tengan sentido.

«¿Para qué tengo que aprenderme las tablas de multiplicar?». Esta frase se repite en el club cientos de veces. A menudo, S. y sus amigos resuelven las multiplicaciones sin ninguna dificultad —allí hay un reto, un sentido, un problema que solucionar— pero no saben recitar las tablas. Porque en la recitación, por sí misma, no encuentran sentido.

«¿Para qué tengo que repetir la preparación de este tema para el control si ya me lo sé? ¿Para qué tengo que saber historia antigua?». La pregunta «para qué» está siempre en el aire. Y prueba a contestarle «porque sí» a un superman, a ver qué pasa... Pero ellos insisten, suspirando: «Si al menos me enseñaran algo que me interesara y que sirviera para algo...».

Algunos trucos de respuestas que he encontrado en algunos libros pueden ser: «Saberse las tablas de multiplicar es como hacer gimnasia para el cerebro para que se ponga cachas». O también: «Qué lástima, si no te quieres aprender eso dejas la mitad de tu cerebro sin trabajar». Eso les pica.

En el libro *Niños superdotados. La inteligencia reconciliada*, de Arielle Adda y Hélène Catroux (editorial Paidós), explican muy bien cómo funciona el cerebro del niño ante las exigencias escolares. Ellos ven la memorización

no como una herramienta necesaria, sino como algo contrario al razonamiento. Al cabo de múltiples conversaciones y negociaciones los padres consiguen que se aprenda de memoria una tabla de multiplicar. Pero al día siguiente ya no se acuerda porque no la ha memorizado, ha llegado al resultado razonando y calculando. No ha visto el sentido y la visión de conjunto en las tablas.

También en ese libro las autoras insisten en que los niños de altas capacidades necesitan aprender a gestionar la rapidez mental. No es que el niño no esté «atento» o esté «despistado». Es que no puede focalizar, como si las imágenes de una película pasaran demasiado rápido. Tienen que aprender a concentrarse para no saltarse etapas de razonamiento o de la escritura de las respuestas, para no perderse. Muchos expertos comparan el pensamiento de estos niños con un tren: ellos necesitan ver el «tren» completo para luego adentrarse en cada uno de los «vagones».

Mala letra y ortografía

Desde los siete años en el colegio de S. hacen dictados cada semana. Y para S. lo verdaderamente interesante es la historia que explica el dictado. La profesora dicta: «La niña se cayó de la bicicleta». Él, en vez de concentrarse en que «cayó» va con *y* y bici con *b*, está pensando: «¿Iba rápida o lenta? ¿Llevaba casco? ¿Se cayó de lado o frenó

en seco y se cayó por delante? ¿Tuvo que ir al hospital?». Cómo se escribe una palabra u otra, en su mente, no tiene la más mínima importancia.

En esa época, en todo el ciclo inicial y medio de primaria, la agenda escolar de S. está cargadita cada día de las anotaciones de las profesoras. «No se esfuerza en hacer bien los dictados. Hace mala letra. No hace los cuadernos de caligrafía. Parece que está en otro mundo. Lee su libro a escondidas en mitad de la clase. Su comportamiento no es correcto. Parece que está en Babia. Mientras hablo mira por la ventana...». Suma y sigue. La madre de S. estaba un día hablando con otra madre que, con una sonrisa, le espetó: «A ellos les dan igual las letras. Ellos piensan: «¿Y a mí qué me importa si va con *b* o con *v*?». La frase contundente llegó en tan buen momento, supo resumir tan bien lo que pasaba que la madre de S., viéndose tan bien reflejada, se puso a llorar. Afloraron los nervios. Tener un superman en casa es positivo, bonito, enriquecedor para todos, interesante... Pero también cansa cada día tener una batalla campal para los deberes y para cosas obvias de la vida cotidiana pero que para ellos es fuente de discrepancia.

El doctor Berché explica que en la cuestión de la mala letra hay que pensar en un embudo: «La cabeza les va a 150 km por hora, el codo y el brazo a 100, y la mano a 80». La mala letra va con ellos. El libro *La inteligencia reconciliada* sugiere el siguiente truco: colocar un bolígrafo negro y

otro rojo encima de un papel. Decirle al niño que evoque el bolígrafo, como una foto, y que lo imagine dentro de un marco, de una cajita. Y que haga lo mismo con las palabras antes de escribirlas. Como si «dictaras a la mano» para visualizar la palabra antes de ponerla en papel.

Otra de las razones por las que hacen mala letra, por ejemplo, a la hora de hacer una redacción o escribir un examen, es que quieren explicar TODO lo que saben. Les piden una redacción de media página y ellos escriben tres folios porque saben mucho de ese tema. Pero eso no es la tarea que les han encargado. Como consecuencia han hecho mala letra por correr y además no han aprendido a seleccionar lo importante. Presentan una redacción, un examen, una tarea escrita, y habitualmente las notas son: «Contenido: Excelente. Ortografía: Insuficiente». Un clásico.

Deberes escolares

Parece incongruente, pero los niños con altas capacidades tienen muchos problemas a la hora de hacer los deberes o cualquier tarea escolar. O no los hacen, o los hacen y no los entregan, o se les olvidan en casa.

A veces se puede deber a alguna dificultad de aprendizaje como dislexia o dificultades auditivas o visuales, que pueden tener todos los niños y ellos también. Otras veces es debido a su desorganización y perfeccionismo.

Pero la mayoría de las veces se debe a esa concepción de los deberes como algo a hacer en casa para «reforzar» lo estudiado en clase, para repetir y sistematizar. Y la repetición de algo que ya se sabe es, para el club de los supermanes, una de las cosas más frustrantes que existen.

«Mama, es que, de verdad, hacer esto *no me hace falta*», le soltó S., con ocho años, a su madre cuando por milésima vez esta intentaba que su hijo hiciera una hoja de cálculo obligatoria. En el fondo, la madre ya lo sabía. Pero también tenía que hacer entender al niño que a veces la memorización y la repetición son necesarias porque suponen la base para hacer después cosas más difíciles. Hay una viñeta cómica muy divertida de John P. Wood en la que el niño explica al profesor: «No he hecho mis deberes de matemáticas, pero he desarrollado un algoritmo para explicar por qué». Un superman de cinco años se quejaba: «¿Por qué tengo que pintar por dentro de las rayas del dibujo si yo lo que quiero saber es cómo funcionan los huesos y los músculos?».

Las tareas escolares, para cualquier niño, no deben ser ni muy fáciles ni muy difíciles. Las primeras producen aburrimiento y las segundas pueden generar ansiedad. Deberían servir para estimular, para dar cabida a la curiosidad, para ampliar conocimientos, para aplicar la teoría hecha en clase a casos prácticos de la vida cotidiana del niño, para relacionar los contenidos de las diferentes asignaturas.

Si a S. le haces repetir por quinta vez un esquema de cómo funciona un volcán, no esperes que lo haga contento y motivado. Pero dale un reto, a él y a sus compañeros: que busque los volcanes más activos del mundo, que localice en el mapamundi dónde están, que estudie la flora y fauna que hay alrededor de cada uno, incluso que monte una maqueta con el Lego de su casa. Os garantizo que saldrá una minitesis doctoral.

Además, es muy importante hacerles partícipes del proceso de aprender, intentar que se impliquen activamente para que, si no encuentran reto en su hábitat normal de estudiante, lo sepan buscar fuera y sean suficientemente autónomos para buscarse retos y motivación. Poco a poco se puede conseguir que el propio alumno busque la utilidad de los conceptos que está estudiando.

*«Lo importante es que
el niño sea feliz».
Felicidad o resignación.
Pedagogía de la fascinación*

Una de las madres entrevistadas expresa poéticamente la importancia de tener buenos profesores que sirvan de faro y de motivación. Reproducimos un fragmento:

«Los profesores que más recordamos de nuestra época de infancia y de juventud son los que nos marcaron positivamente, los que supieron tocar el interior de nuestra fibra íntima para estimularnos y enseñarnos, en mayúsculas. La mayoría de las veces eran los profesores más duros, con los que más aprendíamos y a los que más valoramos de adultos. A los blandos, los que se dejaban

llevar por la inercia y el inmovilismo, no los recordamos. Ningún mar tranquilo ha hecho un buen marinero».

Una de las entradas de la web *La rebelión del talento* está muy acertadamente titulada con una de las frases más pronunciadas por padres y educadores cuando se habla de los hijos en el contexto escolar. «Lo importante es que el niño sea feliz».

Evidentemente todos queremos que nuestros hijos sean felices. La felicidad, la estabilidad emocional, la fortaleza de espíritu, la templanza, la generosidad, son valores sobre los que se levantará toda su vida futura.

Pero no hay que confundir que el niño sea *feliz* con que el niño esté *resignado*.

En la web *La rebelión del talento* las autoras explican: «Los papás que nos acercamos al colegio reclamando más estímulo para nuestros hijos, un ritmo más acorde a su potencial e intereses, con frecuencia recibimos esta respuesta: «El niño es feliz» o «Lo importante es que sea feliz». Y como es «feliz» no debemos moverle de su estado actual, estimularle, desarrollar su potencial, adaptar su currículum, preocuparnos por su actitud ante el aprendizaje, la superación y el esfuerzo personal. No debemos darle más, y mucho menos diferente. Debemos permitir que siga como está, porque así es «feliz».

Esto es así porque se asume que el proceso de aprendizaje y desarrollo de un niño no otorga felicidad, «sino

que es algo así como una pesada responsabilidad». Y se da por sentado que todas las personas son felices de la misma forma, haciendo las mismas cosas.

Las autoras alertan de que no se deben confundir términos. «La felicidad exige el desarrollo del propio potencial. La resignación y la adaptación se hace, muchas veces, *a costa de* renunciar al propio yo». El niño se adapta porque prioriza las necesidades de la base de la pirámide de Maslow (aceptación, pertenencia al grupo, seguridad) por encima de las necesidades que están más arriba en esa pirámide: el reconocimiento y la autorrealización.

El tener que renunciar constantemente a tu propia identidad puede ser visto, a corto plazo, como un pequeño precio a pagar en aras de la socialización del niño. Pero lo cierto es que, a largo plazo, puede generar una baja autoestima, bloqueos emocionales y hasta rechazo de uno mismo. «Los niños con alta capacidad son siempre niños con una edad mental superior a su edad cronológica, y este aspecto es continuamente desatendido por la escuela. Su proceso de desarrollo cognitivo y madurativo está más avanzado que los del resto de niños de su curso, y con cada año las diferencias se acentúan. Necesitan avanzar en el desarrollo de sus habilidades y su potencial con el mismo derecho que los demás niños, pero atendiendo a su propio ritmo».

No hay que olvidar que demasiado a menudo estos niños sufren en el colegio. Un estudio llevado a cabo por

la asociación No al Acoso Escolar (NACE) y publicado en junio de 2017 aseguraba que el 46 % de los niños de altas capacidades ha sufrido acoso en algún momento de su escolarización. Las agresiones más comunes son verbales, con motes, ocultación o maltrato de objetos personales, marginación... El autor del estudio, el psicólogo Josep Soler, explicaba: «El acoso se da en alumnos que el grupo observa como diferentes y los niños con altas capacidades muestran intereses claros desde pequeños».

Fascinar a los alumnos

Juan Carlos López, de la Asociación Aragonesa de Psicopedagogía, se define como maestro identificado con el movimiento «pedagogía de la fascinación». En las IV Jornadas Nacionales de Altas Capacidades explicaba cómo, a partir del juego cooperativo Pandemic, sus alumnos jugaron a encontrar la cura de cuatro enfermedades infecciosas y, posteriormente, realizaron un trabajo de investigación sobre el ébola, escribieron un diario científico y acabaron con un trabajo sobre el proceso de momificación aprovechando una exposición en su ciudad. También en el centro Cadis de Sevilla llevan a cabo numerosos proyectos para enriquecer y relacionar los contenidos que interesan a los niños. En la Fundación Javier Berché hacen matemáticas creativas, física o biología. En Fanjac y en el Centro Kepler también. Eso solo

por citar algunos de los centros que trabajan en este tipo de iniciativas repartidos por todas España. Y cada vez hay más, por cierto. ¿Será que, por fin, nos hemos dado cuenta de que malgastar el talento no sale a cuenta?

En resumen, se trata de introducir contenidos fascinantes y trabajar en un aula que aproveche su entorno para diversificarse. En el fondo, nada nuevo bajo el sol. Los buenos profesores siempre han sido los que han sabido «fascinar» a los alumnos con contenidos que los motiven. El mundo del cine está repleto de figuras de profesores-maestros, referentes personales de sus alumnos. *Los chicos del coro*, *El club de los poetas muertos*, *La lengua de las mariposas*, *La profesora de Historia* o *Rebelión en las aulas* son solo algunos ejemplos.

En el magnífico libro *Mi familia y otros animales* el naturalista Gerald Durrell explica sus años de infancia en la isla de Corfu. A lo largo del tiempo tiene diferentes tutores en casa, ya que allí no puede ir a la escuela ordinaria. Es muy divertido el capítulo en que narra cómo su primer profesor particular, un joven inglés residente en la isla, intenta captar su atención en las clases de matemáticas o geometría introduciendo lo único que a Durrell le gustaba: los animales y las plantas.

Los problemas para calcular cuánto tardaban tres obreros en construir una pared se convertían en cuánto tiempo necesitaba un saltamontes para comerse una hoja tierna. Los mapas cobraban vida y se llenaban

de dibujos sobre los animales que vivían en cada país, acompañando los recursos naturales, y así, según Durrell, «aquellos mapas realmente *significaban* algo». Incluso las clases de Historia se «enriquecían» por libre, añadiendo el nombre de *todos y cada uno* de los elefantes de la expedición de Aníbal, asegurando que Nelson observaba las aves marinas mientras las flotas británica y francesa se aproximaban... Durrell también recuerda cómo, en una redacción, las únicas palabras que escribía sin faltas de ortografía eran las palabras relacionadas con los animales y las plantas, su gran pasión. Las otras palabras no eran «importantes».

El profesor César Bona, finalista de los Global Teacher Prize (un premio considerado el Nobel de la enseñanza), explica en su libro *La nueva educación* (editorial Plaza i Janés) la importancia de motivar y sacar lo mejor de cada niño. En muchas entrevistas afirma que un niño «está hecho de ilusión, creatividad y curiosidad, y no debe dejar todo eso en la puerta del aula». Cree que la escuela tendría que enseñar a los alumnos a «reflexionar» y que la sociedad debería «mirar más» hacia la escuela y darle la importancia que «merece».

La voz de los adolescentes

Bona considera extremadamente importante en su ejercicio profesional «escuchar a los niños, algo que

casi no se hace en secundaria, precisamente la etapa en la que los alumnos tienen más necesidad de sentirse escuchados».

Desde la Asociación Fanjac, en Barcelona, se lleva a cabo un proyecto de trabajo para adolescentes y jóvenes con altas capacidades. El objetivo, como explicaban en las Jornadas Educativas Intelimotium en enero de 2016, es abrir un punto de encuentro con los jóvenes, ya que al llegar a la adolescencia dejan de tener interés por las actividades dirigidas, pero en cambio prefieren poder hablar con personas que les puedan aportar alguna cosa, que muestren pasión por lo que hacen, que les sirvan de referentes.

Este proyecto enlaza con los trabajos del Grupo de Trabajo de Superdotación y Altas capacidades (GTSAC) del Colegio de Psicólogos de Cataluña, para estudiar la bajada de rendimiento académico de los alumnos con altas capacidades en secundaria, que llegan a esta edad faltos de motivación, con poca autonomía y sentido de la responsabilidad, y sin capacidad organizativa para hacer frente al mayor número de tareas que se les presentan.

A menudo, los adolescentes llegan a la ESO, sea en un centro nuevo o no, con unas expectativas poco realistas: se quiere suavizar las dificultades sociales, académicas y de motivación en primaria diciéndoles que no se preocupen, que en el instituto se lo pasarán mejor, que serán más mayores. El primer impacto que tienen después no es ese y como consecuencia aumenta la desmotivación.

Teo Jové, presidente de Fanjac, asociación que reúne a más de seiscientas familias con niños de alta capacidad de toda Cataluña, explica que, normalmente, «si hay problemas en secundaria es porque en primaria no han estado bien orientados. Si en primaria les han aconsejado bien, saben afrontar sus carencias y fortalecer sus potencialidades». Según Jové, se da un contraste muy grande entre un concepto «casi paternalista» en primaria y la llegada a secundaria, que además se junta con la etapa de la adolescencia, compleja para todos.

Jové insiste: «Lo más importante para nosotros es que el niño esté emocionalmente bien. Que esté socializado, que sepa donde se encuentra. Son más sensibles, el entorno les afecta mucho más que a los otros niños y adolescentes». A través de las actividades que hacen en grupo o de los talleres para tratar el paso a secundaria les dan herramientas para la motivación, para el trabajo. «Por ejemplo —explica Jové— ellos odian la memorización, prefieren razonar, comprender, pero les hacemos ver que a veces necesitan velocidad, porque el proceso de comprensión es lento, y se dan cuenta de que la memoria no es algo inútil, sino un complemento que les puede servir de mucho».

La transición a la adolescencia, que coincide con el paso a la etapa secundaria, es un paso complicado para todos. La psicóloga Maria Beltran, del centro Kepler, explica: «Por un lado, nos encontramos con niños y fami-

lias que se sienten desprotegidos. Vienen de primaria, donde todo es más trasversal y el contacto más personal, y al llegar al centro de secundaria se encuentran con que la información es más dispersa, que hay menos acompañamiento por parte de la escuela. Eso provoca un cierto desencanto en las familias. Por otro lado, hay un problema grave de recursos en los centros educativos que hace difícil llevar a cabo los programas adecuados porque el día a día se come todo lo importante».

Maria Beltran insiste en la importancia de facilitar el contacto con la escuela, compartir siempre la información, para que los profesores no partan de cero a la hora de tratar al niño y puedan ayudarle en su integración. «Es muy necesario que las escuelas entiendan por qué aplican determinadas medidas más que hacerle muchas cosas al niño. Porque si surge una dificultad, se resiente toda la estructura, ya que no se le ha dado valor previamente. Por eso es importante una buena planificación, con reuniones de coordinación a ser posible conjuntas entre la escuela, el equipo psicopedagógico, las familias y los niños, a los que hay que escuchar. Y llevar a cabo medidas concretas, medibles pero también flexibles, y no declaraciones de intenciones que se quedarán en nada por las exigencias del funcionamiento diario».

Por ejemplo, cuando desde el centro Kepler colaboran con escuelas para aplicar planes individuales a los niños, «insistimos en hacerlo todo muy sencillo, pero con unos

objetivos muy claros, y poner las medidas prácticas para conseguir esos objetivos. Así, si luego algo no va bien, se puede retocar, pero teniendo muy claro qué quieres conseguir».

En los diversos talleres que ofrecen explica: «Intentamos ayudarles en el paso a la adolescencia para que tengan confianza y capacidad para cambiar las cosas. Por eso les hacemos reflexionar sobre quiénes eran, quiénes quieren ser y los pasos intermedios que tienen que dar para conseguirlo. Les hacemos pensar en cuáles son sus puntos fuertes y sus dificultades, qué cambia cuando nosotros cambiamos algo».

Para los adolescentes que están acostumbrados a la ley del mínimo esfuerzo, porque con él ya obtienen un resultado elevado, hay que intentar que le encuentren el sentido al esforzarse. Y con este tipo de actividades y talleres aprenden a planificar objetivos, priorizar o coordinar el trabajo.

Maria Beltran también quiere transmitir un mensaje de tranquilidad. «Todos los niños y jóvenes pasan por etapas de motivación. Hay algunos que tienen su pasión y su centro de interés muy claro desde siempre, pero muchos otros los van descubriendo poco a poco. Lo importante es que se sientan acompañados».

Muchos de los expertos consultados coinciden en que hasta los once años, más o menos, la fluidez, originalidad y flexibilidad del niño a la hora de aprender

va creciendo, pero después se para, coincidiendo con la entrada en la etapa de la educación secundaria, donde sobre todo la creatividad se considera casi un estorbo. Por ello es de agradecer que muchas escuelas generales y centros especializados en extraescolares para niños de altas capacidades estén llevando a cabo experiencias muy interesantes para acercar los modelos de aprendizaje a la ilusión, la motivación y la interiorización de los conocimientos.

En septiembre de 2015 se presentó en sociedad la Plataforma de Apoyo a las Altas Capacidades, formada principalmente por padres y madres de niños con altas capacidades. «Muchos de nosotros tenemos en común que nuestros hijos no están recibiendo la atención necesaria una vez detectadas sus altas capacidades, o ni siquiera se les quiere evaluar». También se les han unido diferentes profesionales, como psicólogos y profesores, «que buscan un cambio para estos niños, pues día a día ven su sufrimiento y sus dificultades de adaptación en un mundo que no les comprende».

En su web *apoyoac.blogspot.com* explican que pretenden aglutinar esfuerzos y sensibilizar e informar a los docentes. Ofrecen información muy completa y útil para todos a la hora de ayudar a estos chavales a ir al colegio: «Queremos ayudar a resolver las dudas de los docentes en la medida de lo posible y aportar las herramientas que necesitan para dar una atención adecuada a este alumnado».

Hay momentos difíciles en la relación con las escuelas, pero también momentos muy bonitos donde valoras realmente tener delante un educador con las ideas claras, motivado, con ganas de ayudar y de aprender.

Cada vez más centros educativos se apuntan al carro de la innovación bien hecha, no únicamente como una moda para llenar dossieres oficiales, sino como un compromiso educativo para apostar por la calidad de la enseñanza. Hay que valorar muy positivamente el trabajo de miles y miles de profesores implicados en mejorar el sistema educativo para que todos los niños —no solo los de altas capacidades— salgan beneficiados.

«Voy a escribir un cuento más normal». La creatividad

Entrevistando a familias con niños del club de los supermanes surgen multitud de anécdotas relacionadas con la creatividad, con la manera diferente de relacionar conceptos para crear algo nuevo. Reproducimos un fragmento:

«Tengo guardado un dibujo de mi hijo. Uno de tantos. Tenía ocho años. Empezaba la primavera. En casa le dije: «¿Qué tal si haces un dibujo sobre la primavera? Dentro de nada se llenará todo de flores». Él, contento, se puso a dibujar. Ni un color. Solo lápiz. Dibujó un esquema completísimo sobre el ciclo de la evaporación del agua, la lluvia, la semilla, cómo crece y cómo sale la flor. Eso «era» la primavera en ese momento en su

cabeza. ¿Por qué tiene que ser más «correcto» un dibujo lleno de flores con muchos colores?».

¿Qué es la creatividad? ¿Es lo mismo que belleza? Un dibujo, un texto, una canción, pueden ser bonitos pero no ser creativos. Para que sean creativos tienen que ser originales, es decir, una manera nueva e innovadora de enfocar la realidad.

Por eso es tan difícil valorar la creatividad. Cuando se da, a menudo se la considera sospechosa, o demasiado original, demasiado fuera de la línea que marca las cosas «normales», aceptables dentro de los parámetros estándar. Y se consideran esas ideas como absurdas o locas. Que se lo pregunten a Picasso, a Gaudí o al mismo Steve Jobs.

A S. no le gusta que le lleven a la peluquería porque cree que siempre le cortan el pelo demasiado corto. Se queja: «Siempre me dicen que me van a cortar el pelo un dedo y luego te cortan un montón». Añade con voz socarrona: «Debe de ser que las peluqueras tienen los dedos muy gordos». La madre de S. le dice que es una idea muy buena para escribir el cuento del concurso literario del colegio, pero cuando llega el momento S. decide que no: «Mejor me invento otro cuento más normal».

A la hermana de S. cuando iba a 5.º de primaria, también se le ocurrió una gran idea para el cuento que escriben cada año para presentarlo al concurso literario

de San Jordi. La idea era sobre la extraña desaparición de un calcetín de cada par casi siempre que se pone una lavadora. Escribió un cuento original, divertido, bonito y bien redactado. Las profesoras le alabaron la idea, dijeron que era una idea muy original.

Pero el concurso lo ganó otro cuento, en palabras de la niña, un cuento «típico, que habla de paz y amistad». Valores, sin duda, muy importantes, pero no más originales que los calcetines. A ella le hubiera encantado que hubieran premiado su creatividad y no una trama que, aunque también bien redactada y bonita, circulaba más por los caminos del tópico que por las sendas de la creatividad.

Por cierto, la madre de S. cuando estaba en 5.º de EGB, o sea, con diez años, se ganó una bronca descomunal y un suspenso de la profesora por haber pintado el mapamundi —esa era la tarea encargada— desde la perspectiva de un ciudadano australiano.

En una conversación una madre le sugiere a su hijo que invite a otros amigos a casa para hacer experimentos juntos con un nuevo juego de química. Él responde entusiasmado que sí, pero añade: «Pero tienen que ser niños que inventen, no que hagan solamente lo que pone las instrucciones».

El doctor Javier Berché explica que a menudo los niños de altas capacidades dicen que no les gusta dibujar por una razón: el niño «sabe», porque es inteligente, que

él no puede reflejar bien la realidad en un dibujo. Por eso «dice» (no es que se lo invente o que busque excusas, él lo piensa realmente) que no le gusta dibujar. Pero en realidad, si le dejas solo, con un lápiz y un papel, sacará lo que está pensando y hará un dibujo u otro. Y son dibujos que hay que valorar porque nos dicen muchas cosas de ellos.

Y la creatividad no se reduce a los dibujos o las canciones. Se puede ser creativo de muchas maneras, también con el razonamiento. El club de los supermanes está lleno de personas que piensan de otra manera y que llegan a soluciones diferentes porque van por otros caminos.

El doctor Berché explica cómo, en niveles más avanzados, hay niños que resuelven ecuaciones matemáticas sin ni siquiera usar un lápiz, y cuando él les pregunta cómo han llegado a esa solución y le explican su camino, se queda con la boca abierta por cómo han encontrado esa ruta en su cabeza.

Un problema, varias soluciones

Hay un concepto importante que se debe conocer al tratar a niños o adultos con altas capacidades. El pensamiento divergente. Las personas que tienen un pensamiento convergente ven *un* problema y buscan *una* solución. Las personas con pensamiento divergente ven *un* problema y le dan *varias* soluciones. Y todas son válidas.

Esa creatividad en el pensamiento, en encontrar diversas soluciones para un problema, puede ser muy positiva en el mundo que nos espera, donde se nos exige flexibilidad, apertura de miras y agilidad mental. Pero si al niño se le exige responder en un examen con *exactamente* las mismas palabras que la profesora ha dictado un tema (y os aseguro que eso pasa más de lo que creéis), aquí hay un problema.

Los buenos profesores siempre dicen: «Para ver si has entendido algo, ahora explícamelo con tus propias palabras». Solo así se puede ver si has *aprehendido* lo que te han explicado, esa palabra que parece escrita con una falta de ortografía pero que en realidad significa que has interiorizado ese conocimiento, lo has asimilado y lo has hecho tuyo.

Las personas que trabajan diariamente con niños con altas capacidades saben que el pensamiento divergente se ha de fomentar y potenciar, por lo que conlleva de creatividad, pero que el pensamiento convergente también es necesario, para concretar, conceptualizar, canalizar el abanico de ideas de una manera eficaz, tener herramientas para recordar posteriormente.

Sylvia Sastre, catedrática de Psicología Evolutiva y de la Educación de la Universidad de La Rioja, explicaba en las IV Jornadas Nacionales de Altas Capacidades, en diciembre de 2015, el siguiente ejemplo: «En una de las clases del programa de Enriquecimiento para niños

de altas capacidades, los alumnos tenían que crear una melodía que los identificase como grupo. Uno de los chicos preguntó si podía tocar al piano las trece melodías que había compuesto, para escoger. Sylvia preguntó: «¿Dónde están las partituras?». «Están aquí», dijo el chico señalándose la cabeza. Tú me dices «la cuatro, la siete» y yo te la vuelvo a tocar».

Sylvia, entonces, le explicó que si no dejaba registros de sus composiciones, después nadie más las podría disfrutar. «¿Qué habría pasado si Mozart o Beethoven no hubieran dejado su música por escrito? De esta manera, el muchacho aprende a canalizar el amplio abanico de ideas y de posibilidades por componer, y a tener una base de trabajo, porque en un momento dado llegará a un «tope» en lo que a retener de cabeza supone, y le ayudará mucho tener herramientas para recordar».

Según el modelo de los tres anillos argumentado por Renzulli, las personas con altas capacidades son el resultado de la intersección de tres anillos que se enlazan. El primer anillo es la inteligencia para procesar información. El segundo anillo es el talento creativo. Y el tercero la motivación para la tarea. Cuando se dan los tres factores se puede hablar de altas capacidades. La creatividad juega, por tanto, un papel crucial en la ecuación.

Los niños con altas capacidades tienen más facilidad para aprender y, sobre todo, para relacionar lo aprendido y crear a partir de ello nuevas ideas. El proceso creativo

tiene tres patas en las que apoyarse: el dominio (de la técnica, el conocimiento, el talento), la persona (el estilo cognitivo y de trabajo) y la motivación. Muchos músicos profesionales explican que primero han de dominar la técnica del instrumento, con horas y horas de práctica y estudio, para luego ser capaces de «destrozar» la técnica y poder ofrecer una interpretación creativa y que emocione.

Lo mismo pasa con todo lo que se nos pueda ocurrir. Vale la pena probar, todos nosotros, a responder a situaciones innovadoras y desafiantes: «¿Qué pasaría si...?». «¿De qué otra manera podría hacer...?». Jugar con las ideas, fomentar el entusiasmo, explorar, buscar el afán de superación más que la evaluación final. Saldríamos todos ganando.

La creatividad es innata a todos nosotros. Pero, cuidado, que la podemos destruir muy fácilmente. Todavía hay profesores de educación infantil que rompen a trozos el dibujo que ha hecho un niño, delante de él, porque «tocaba» dibujar un árbol y él ha hecho un árbol pequeñito y, al lado, un grandioso y detallado *Tyrannosaurus rex*.

En la sociedad que nos ha tocado vivir como adultos y que les tocará a nuestros hijos cuando crezcan se valora cada vez más la capacidad de ser flexibles, de tener mente abierta, de saber solucionar problemas, relacionar conceptos... Todo ello son tareas creativas. La capacidad de producir ideas y soluciones está ahí. No la reprimamos. No vamos tan sobrados, ¿no?

*«Ahora soy mayor,
ahora soy pequeño».
Intensidad emocional y
disincronías*

Entrevistando a una madre surge una anécdota que sirve de ejemplo de la falta de sincronía de los niños de altas capacidades con su entorno. Reproducimos un fragmento:

«Unos amigos han puesto en marcha una campaña de micromecenazgo para ayudar a un proyecto de una ONG en África. Mi hijo se ha puesto en marcha con una dedicación entusiasta.

Ha decidido recaudar dinero para la ONG vendiendo a la salida del cole, en la calle, figuritas de papel. Cada

figurita, 10 céntimos. Él, concienciado para dar toda la recaudación a la ONG. El amiguito que le acompañaba haciendo también figuritas de papel iba diciendo por lo bajini: «Luego nos lo quedamos para comprar chuches». Evidentemente mi hijo se enfadó.

Le he tenido que explicar que vender cosas por la calle no es una solución correcta, porque si se hace, tiene que ser de manera organizada para evitar suspicacias. Le ofrezco como alternativa que al día siguiente lleve una fotocopia de la captura de pantalla de la página web del micromecenazgo para colgarla en el vestíbulo de la escuela y que así todo el que quiera colaborará. Le ha parecido muy buena idea. Por cierto, su amigo se compró 20 céntimos de chuches en la papelería de la esquina».

La doctora Linda Silverman, en su web *gifteddevelopment.com*, explica: «Los niños y adultos de altas capacidades ven el mundo de una forma diferente debido a la complejidad de su procesamiento cognitivo y su intensidad emocional. La gente les dice con frecuencia: «¿Por qué tienes que hacerlo todo tan complicado? ¿Por qué te lo tomas todo tan en serio? ¿Por qué todo es tan importante para ti?». Las personas con altas capacidades son «demasiado» de todo: demasiado sensibles, demasiado intensas, demasiado resueltas, demasiado honestas, demasiado idealistas, demasiado morales, demasiado perfeccionistas.

Incluso cuando se pasan toda la vida intentando encajar, se siguen sintiendo inadaptadas, marcianas, demasiado diferentes».

Lo viven todo de manera tan intensa que a veces caen en sueños poco realistas, en delirios de grandeza o en ilusiones sin planificación. En definitiva, una colección de buenos propósitos que no se cumplen. S. pretendía, en un puente de tres días, hacer «fichas completas de todos los minerales» que tiene —casi 200—. Fichas con toda la información, con enlaces a webs especializadas... Adivinen cuántas hizo.

También S. es capaz de preguntar, con seis años, qué pasa con la muerte. Y con once años puede montar un cirio en la calle porque no le compran un helado. Es como si jugara a un juego extraño: «Ahora soy mayor, ahora soy pequeño».

Puede explicar oralmente, con gran riqueza de vocabulario, algo complejo, y no ser capaz de escribirlo con buena letra. Puede ir a hablar con la directora del colegio y presentarle un plan de juegos para la hora del recreo, y por la noche tener miedo por si hay un monstruo en el armario.

Disincronías

Esto ocurre porque en los niños de altas capacidades conviven diferentes edades. Está la edad biológica, la edad intelectual, la edad emocional, la edad mental...

Todas son diferentes porque el desarrollo de estos niños no tiene sincronía. Y eso se traduce en un cóctel emocional que hace que todo sea, como dice Silverman, «demasiado».

A esta convivencia de diferentes edades en una misma persona se la llama disincronía, una teoría que desarrolló Terrassier. Cuanta más capacidad intelectual, más disincronía.

La disincronía es interna y también social. La interna se refiere, por un lado, al desfase entre el desarrollo intelectual y el psicomotriz, que hace que estos niños tengan mala letra o que sean torpes en el deporte pero excelentes teóricos de sus reglas, por ejemplo, y, por otro lado, a los diferentes grados de desarrollo en los distintos sectores del saber.

La disincronía interna que más les afecta es la que hace referencia a la relación entre inteligencia y afectividad. Su alta capacidad intelectual les permite el acceso a informaciones (noticias, por ejemplo) que su inmadurez afectiva no sabe asimilar. Si no se les enseña a expresar sus sentimientos, emociones o frustraciones, pueden acabar reprimiéndolos con un discurso frío y racional donde no hay espacio para la empatía.

S. puede estar llorando amargamente por la muerte de su hámster y luego, al enterarse de la muerte del abuelo de un amigo, centrarse en los detalles del entierro. Inconscientemente es un mecanismo de defensa ante el

mazazo emocional de la noticia. Un niño de ocho años consolaba a su madre porque se había muerto el perro de la familia y le decía: «Es ley de vida. Todos venimos para marchar. Como las personas».

La disincronía social es respecto al colegio, donde normalmente ven sus aptitudes no valoradas, donde no se le exige esfuerzo más que en cosas que él no entiende que lo merezca. Por eso, en la escuela puede resolver problemas complejos con éxito y luego equivocarse tontamente en una tarea sencilla pero poco motivadora.

El desfase social también se da con la familia, que a veces no sabe entender la situación del hijo, y con los demás niños. A menudo, en los compañeros de su edad no encuentran una compañía intelectualmente estimulante ni interesante. S. quiere ser aceptado, lo que le lleva a conductas irracionales para tener un rol que le permita encajar en algún sitio. Es querido en su clase, pero no le invitan a casi ninguna fiesta de cumpleaños porque no es «popular».

Intensidad emocional

De la misma manera que el pensamiento de los niños superdotados es más complejo y de mayor profundidad que el de otros niños, también lo son sus emociones. Experimentan el mundo de una manera distinta, viva, absorbente, abarcadora, y eso les puede provocar un

desbordamiento de emociones que es difícil de entender visto desde fuera. Uno de ocho años pregunta: «¿Por qué somos católicos y no musulmanes o budistas? Si el mensaje de Dios es el amor, todas las religiones son lo mismo». Otro, solamente con tres años, inquiere: «Si cuando morimos vamos al cielo, yo antes de nacer también estaba en el cielo, ¿no? Y ¿quién me dijo que vosotros sois los que me tenéis que cuidar y no otros papás?».

S. puede ponerse a temblar, físicamente, cuando quiere saber más de algo que le ha encendido la bombilla y que en ese momento no puede investigar. Puede también sentirse profundamente mareado por un olor que le resulta desagradable. Puede revivir los sentimientos que le provocó un incidente de mucho tiempo atrás. Está viviendo siempre atento, intentando adaptarse, lo que puede provocar fatiga mental, irritabilidad y respuestas emocionales desproporcionadas. Necesita un «punto de fuga» para desconectar.

Un adulto con altas capacidades recuerda su truco para cuando necesitaba despresurizar. «Cuando era pequeño hacía castillos de naipes porque, en ese momento, no pensaba en nada más y podía desconectar. Mi madre decía que así «le peinaba la raya» al cerebro».

S. puede también experimentar una fuerte asociación emocional y apego a los demás. Tener sentimientos de estar fuera de control. Preocuparse excesivamente por la muerte. Y hacerse una autoevaluación muy crítica, ser un

implacable juez de uno mismo y sufrir sentimientos de inferioridad e insuficiencia.

Al sentirlo todo más profundamente que los demás muchos de estos niños se consideran bichos raros. La cultura occidental ha asociado históricamente la expresión de sentimientos con debilidad, vulnerabilidad e inestabilidad y debería ser al contrario. Tendríamos que empezar a considerar la riqueza interior que nos proporciona la variedad de sentimientos y emociones que nos define como seres humanos.

Crecer con los conflictos

Los conflictos internos con uno mismo son parte intrínseca de las personas, y son el motor para el crecimiento y la realización personal. Solo hay que pensar en el desarrollo de cualquier bebé mientras crece. Al principio el mundo gira en torno a él, más concretamente en torno a su fuente de alimento. Poco a poco el niño aprende que hay «otros» a su alrededor y evoluciona del «yo» al «nosotros», a la sociedad, a la generosidad, convivencia y altruismo.

Pero eso no llega por un camino de rosas. Cuando un niño «quiere» compartir su única galleta con otro es porque ha aprendido que eso es lo correcto, superando el conflicto que le dice al oído que la galleta es toda para él. Y, poco a poco, el niño, joven y adulto va construyendo

su marco moral de actuación, en un camino sin fin de crecimiento personal.

La teoría de la desintegración positiva del médico, psiquiatra y psicólogo polaco Kasimierz Dabrowski, también desarrollada por Michael M. Piechowski, define la evolución interna de las personas a lo largo de cinco niveles con los que se va acercando al «ideal de personalidad». Estos niveles se van superando a través de sus capacidades internas, sus decisiones personales, sus logros. Y se van superando no de manera armónica sino con tensión, conflictos internos, ansiedad e incluso sufrimiento. Es lógico, la galleta está muy rica...

Por decirlo en palabras muy sencillas, en los cinco niveles que propone Dabrowski el nivel más básico correspondería a las personas sin ninguna lucha interior, el egocentrismo puro y duro, y al nivel más evolucionado la generosidad más absoluta, la entrega a los otros, la bondad y el altruismo.

Estos niveles de desarrollo no dependen de la edad cronológica, sino del potencial de desarrollo de cada uno, que es el punto de partida. Lo forman tres componentes: el ambiente (un entorno más o menos a favor de tu evolución moral), un factor autónomo (la elección consciente de tu camino) y la herencia (lo que llaman las sobreexcitabilidades).

Según Dabrowski, hay cinco tipos de sobreexcitabilidades psíquicas: psicomotora, sensitiva, imaginativa, inte-

lectual y emocional. Y aunque esta teoría del desarrollo personal sirve para todas las personas, en este punto es donde su camino coincide plenamente con la intensidad emocional de las personas superdotadas.

Por eso los padres de niños de altas capacidades deben ayudar a sus hijos dándoles oportunidades, impulsándolos a probar cosas nuevas. El doctor Berché explica: «Hay que ayudarles a trabajar sus habilidades sociales y emocionales para que sepan tomar decisiones y solucionar sus problemas de acuerdo con sus propios intereses y necesidades, acordes con sus principios, no para sentirse aceptados en el grupo». No en vano un S. de diez años afirma: «A veces tengo la sensación de que aquí dentro hay un montón de emociones y no sé cómo organizarlas».

Don Quijote

El club de los supermanes tiene un alto sentido de la justicia, un idealismo muy desarrollado y, a veces, una gran capacidad de liderazgo. Eso les hace vivir a menudo situaciones problemáticas porque tienen muy altas expectativas, derivadas de su propia autoexigencia, que pueden chocar con las expectativas de los que les rodean. Con diez años pueden proponer: «Si todos los europeos cogemos nuestro coche y nos vamos hasta la frontera con Grecia, podemos ir sacando a los refugiados de cuatro en cuatro y ayudarles a tener una vida mejor».

Su alta sensibilidad por el mundo que les rodea, por las injusticias y la desigualdad, hace que algunos, sobre todo en la adolescencia, se conviertan en los «contestatarios», «revolucionarios» o «alborotadores» del instituto. Se les debe educar en canalizar la protesta de manera positiva, constructiva y útil.

Se puede ser un quijote sin caer en ser justiciero o rebelde sin causa. Se les puede enseñar que la búsqueda de la justicia es algo bueno, pero sin precipitarse, sin dejarse manipular, con reflexión, con sentido crítico, con educación y con empatía.

Cuando estalla la crisis de los refugiados sirios, S. escucha atentamente las noticias, lee los periódicos y se va a su habitación. Regresa una hora más tarde con un esquema completísimo sobre todas las necesidades que pueden tener las personas refugiadas cuando lleguen a España. Se incluyen también todas las soluciones que se les podrían dar, ofrecidas por niños, adultos y ayuntamientos.

Al día siguiente se lo enseña a la tutora y pide permiso para empezar a hacer un listado a la hora del recreo para saber con cuántos voluntarios puede contar para hacer la ingente tarea que se ha marcado. Durante semanas está inquieto porque ve que los refugiados no llegan a España y quiere incluso ir a hablar con el ayuntamiento. En esa época S. acaba de cumplir once años y asegura: «Yo, de mayor, quiero ser activista».

Pero en la misma época organiza una campaña de firmas en su clase para protestar contra la niña que hace de delegada, «porque hace mal su trabajo». Lo peor es que firman casi todos. Pero S. se merece una bronca de sus padres porque esa no es una actitud correcta para protestar. Que se coloque en la piel de esa niña. ¿Dónde está la empatía?

Otro día S. está viendo un programa en la televisión sobre un zoo americano y cómo los veterinarios curan a un ocelote enfermo con una sucesión de operaciones complicadas y caras. Su madre decide hacer un comentario en tono amable pero para provocarle un poco, algo así como: «Está muy bien todo lo que hacen, pero a veces pienso que es mucho dinero para curar a un animal, con la cantidad de personas que hay en el mundo que se mueren de hambre». S. la mira y suspira: «Mamá, yo tampoco quiero que nadie se muera de hambre, y las personas son muy importantes. Pero, a ver, ¿cuántos ejemplares de ocelote hay en el mundo? ¿Y cuántas personas?». Lógica matemática... implacable.

Tolerancia a la frustración

El mismo caos emocional y autoexigencia que viven internamente les provoca una muy baja tolerancia a la frustración. Mucha gente no entiende cómo aquel niño puede llorar si no ha sacado un 9 en el examen sino un

7, o por qué se enfada tanto cuando no le compran los cromos que pide.

Es importante enseñarle a luchar contra los pensamientos irracionales: repetirse a uno mismo que la vida también es frustración; que no puedo tenerlo todo y en el momento y manera que quiero; que no es tan grave; que puedo aguantar algo que no me guste aunque no lo prefiera; que también puedo pensar cómo puedo intentar cambiarlo... Y recordar que todos tenemos derecho a equivocarnos y cualquiera puede tener un mal día.

El doctor Javier Berché detalla en su libro *Programas y técnicas de estudio para los alumnos superdotados* una lista que nos puede servir a todos para gestionar los sentimientos de frustración en la vida cotidiana.

«Usa estos consejos:

—No culpes a los demás de tu infelicidad. Hazte responsable en conseguir tu felicidad.

—Date permiso para ser feliz.

—Busca tiempo para ti mismo. Haz cosas que a corto plazo te son placenteras y te gusten.

—Haz cosas por los demás sin esperar nada a cambio.

—Acepta tus fallos y los de los demás.

—Busca objetivos a largo plazo.

—No personalices los problemas.

—Date una oportunidad en el trabajo o en tus relaciones aunque puedas fracasar.

—No importa demasiado lo que los demás piensen y digan de ti.

—Considera la incertidumbre como un reto. No le tengas miedo».

Para comprender que la vida es un largo camino y no precisamente de rosas, el profesor de la Universidad de Princeton (Estados Unidos) Johannes Hauhofer publicó en abril de 2016 un *curriculum vitae* en el que no detallaba, como es habitual, sus logros, sino todo lo contrario: Era un currículum con todos sus fracasos, para mostrar que el camino de su carrera no había sido fácil y para animar a otros a enfrentarse al desánimo y la frustración.

En el libro *La inteligencia reconciliada* Arielle Adda y Hélène Catroux hablan de lo importante que es para estos niños preservar su identidad. Según explican, hay que ayudarles a encontrar soluciones estratégicas: que aprendan que muchas veces, para alcanzar un objetivo, hay que cambiar únicamente un entorno, un comportamiento, pero sin necesidad de cambiar los valores profundos de su identidad. Igual que un actor que se disfraza de un personaje no se convierte en ese personaje.

En resumen, es esencial ayudar al niño de altas capacidades a buscar el equilibrio emocional, dejarle ser niño y no un adulto pequeñito, darle responsabilidades adecuadas para su edad, no sobreprotegerles, recordar que el juego, la diversión y el ocio son esenciales para un fuerte desarrollo emocional, todo eso les ayudará. Lo que no les

ayuda es decirle «eres demasiado sensible», o «quítate eso de la cabeza», o «todo irá bien».

Que se sientan comprendidos y apoyados en sus emociones y que sepan que la sensibilidad no significa debilidad. Sus sentimientos intensos son normales. Y ayudarles a usar su intelecto para desarrollar su autococimiento y su autoaceptación.

Para que lleguen a las palabras de S.: «La frase «soy diferente» no es lo mismo que la frase «no soy normal».

Epílogo.

Un decálogo, unas etiquetas y un pequeño test

¿Cómo funciona el pensamiento de los niños con altas capacidades? Este decálogo puede servir como «Carta Abierta» a escuelas e institutos para que comprendan mejor el esquema de pensamiento de estos alumnos.

1.º Altas capacidades \neq problemas. Ellos se sienten diferentes, pero no superiores a los otros. Piensan diferente y ya hace tiempo que notan que sus amigos no pueden seguir sus argumentaciones en según qué conversaciones. Transformarlo en positivo, la diferencia es enriquecedora, aporta diferentes puntos de vista, aprendemos todos de todos. Conversar con ellos es muchas veces un momento precioso, de reto y de estímulo.

2.º Altas capacidades \neq alto rendimiento académico. Sí: potencial en desarrollo. Puede ser que sí saquen buenas notas, pero también puede ser que no. Cuando el tema o asignatura les interesa pueden profundizar mucho, pero si al tema no le encuentran sentido, lo pueden dejar de lado. Además, a menudo, aunque un tema les interese, no son niños «de 10», sino «de 8», porque ellos encuentran el gusto en el hecho de aprender, y una vez saben el «mecanismo» para hacer ese tema, ya se van mentalmente a otra cosa. Hay que motivarlos para «pulir» las tareas, porque no sale de ellos. Ven mucho más importante que el texto sea completo de contenidos que no que esté bien presentado.

3.º No les gusta la repetición sistemática, sino que quieren retos. Necesitan que lo que estudian tenga un sentido, ver el «tren» completo para después estudiar los «vagones» de la materia. Quieren que el profesor «confíe» en ellos y les plantee retos y obstáculos a superar, pero también con complicidad. Tienen «hambre» de aprender. Ayudarlos a focalizar y a ordenar el pensamiento, hacer un banco de datos mental, porque a menudo van «pico-teando» de todas las cosas que les interesan. No pedirles que «ralenticen» pero sí que «verifiquen» lo que están aprendiendo para seguir construyendo encima.

4.º Son creativos a su manera, «fuera» de los límites a los que estamos acostumbrados. Tienen «pensamiento divergente»: un problema = diversas soluciones. Por

eso la respuesta única y estándar les enfada, porque saben que hay diversas maneras de encontrar el camino. También son muy perfeccionistas y son capaces de no hacer una cosa porque son conscientes de que no saben tanto como los expertos. Tienen que aprender que quizás en casa pueden pensar las múltiples soluciones para un problema de mates, y experimentar, pero que a la hora de un examen no pueden hacer eso. En primaria, por ejemplo, son capaces de no contestar una pregunta fácil porque piensan que hay «trampa», que no puede ser tan fácil. Tendencia a «complicarse» la vida buscando múltiples respuestas.

5.º Exigir la materia común obligatoria para todos + desafío y reto en las áreas en las que está motivado por progresar, y allá poner el nivel de exigencia más alto. Aprenden de manera diferente. No solo es ponerles trabajo extra. Hay que permitirles que puedan profundizar. Pero no «lo aprenden todo solos y rápido». No hay que empujar pero tampoco frenar.

6.º Es mejor motivarlos haciéndoles estudiar cosas a un nivel más profundo, o más interrelacionado con otros temas. Pero no solo como un añadido a las tareas habituales de todos los niños. No «además de», sino «en lugar de». Si no, sería como ir a un restaurante de lujo después de comer en casa de la madre: ya llegas empachado y no disfrutas de la comida. Si solo pueden hacer la tarea que les motiva «después» de haber cumplido todas las tareas

repetitivas que han de realizar todos, llegan al momento bueno para ellos «empachados» y quemados.

7.º A menudo hacen muchas faltas de ortografía porque en su cerebro lo importante es el contenido que se quiere expresar y no cómo se escribe. Igual pasa con la mala letra: el cerebro va mucho más deprisa que el brazo y la mano. Pero tienen que aprender a escribir bien y sin faltas, evidentemente. Es una herramienta para comunicar lo que saben. La idea de que «vivimos en sociedad».

8.º Tienen muchas edades mezcladas en su interior: la edad cronológica, la edad intelectual, la edad emocional... A menudo se hacen un caos y todavía más en la adolescencia. Pueden ser niños muy «intensos», para bien y para mal. Intensidad emocional que puede ser vista como una cosa positiva y canalizarla bien.

9.º Extremado sentido de la justicia, abogados de las causas perdidas, idealistas, soñadores y con una alta sensibilidad, tanto a nivel emocional como físico. Se pueden sentir heridos o muy felices muy fácilmente. También necesitan de vez en cuando «subirse a su árbol» y pensar para relajarse. A veces se confunde la soledad forzada (de niños que se sienten excluidos del grupo) con los ratos de soledad buscada para encontrarse a ellos mismos. Por ejemplo, pueden estar dando vueltas al patio pensando cómo solucionar el problema del hambre en el mundo. Eso se puede ver como una «rareza» o canalizarlo positivamente y hacer un proyecto solidario en la escuela, por ejemplo.

10.º Ayudarlo a tener buenos hábitos de estudio. Animarlo y ayudarlo a presentarse a retos (por ejemplo, pruebas matemáticas, concursos), montar cosas nuevas (por ejemplo, una revista del centro escolar). No dar por hecho que «ya van solos», también necesitan que de vez en cuando les den una palmadita en el hombro para decirles que lo han hecho bien. No hacerle sentir sobre su espalda el peso de las expectativas, pero sí confiar en ellos y motivarlos. Mano izquierda para que «pase por el aro» cuando toca, pero también pueda «volar por libre» a ratos. No etiquetar, y mucho menos delante de los otros niños. Idea básica: la inteligencia sin esfuerzo y constancia no sirve para nada. «¿En qué persona te quieres convertir?».

Palabras en blanco y negro

Etiquetas. Palabras que nos definen. A veces para bien, otras para mal.

¿Habéis probado alguna vez a hacer una lista de palabras sinónimas escribiéndolas con sentido negativo o con sentido positivo?

Es como si reveláramos una foto, con aquellas técnicas de antes de la fotografía digital, en blanco y negro.

Aquí os presentamos una pequeña lista con adjetivos que acompañan casi siempre las descripciones de los niños de altas capacidades. Podéis ampliarla con las palabras que se os ocurran.

Negro	Blanco
Testarudo	Constante
Pesado	Tenaz
Tímido	Reflexivo
Alborotador	Alegre
Movido	Activo
Loco	Creativo
Ensimismado	Observador
Desobediente	Independiente
Crítico	Exigente
Inflexible	Persistente
Rabioso	Enérgico
Inestable	Rica vida interior
Débil	Sensible
Payaso ridículo	Sentido del humor
Cabezón	Motivado
Genio despistado	Inventivo
Cabecilla	Líder
Alborotador	Vital
Contestatario	Solidario
Impaciente	Espontáneo
Inquieto	Curioso

Un pequeño test

A continuación reproducimos una serie de frases y situaciones, todas ellas reales, pronunciadas y vividas por diversas personas relacionadas con el entorno de diferentes niños de altas capacidades.

Dejamos al lector la libertad para elegir las que están bien pronunciadas y pueden ser una buena base para construir una sociedad mejor, y las que son ejemplo de lo mucho que nos queda por avanzar. Que las lea como un pequeño test para valorar si aquella actuación está bien hecha o si necesita mejorar. Puede marcar la casilla si quiere.

Bien hecho ☐ / Mal hecho ☐

Por cierto, aunque en algunos casos parezcan frases inventadas, prometo solemnemente que todas son frases reales.

—«¿Fulanita es superdotada? Bueno, al menos es guapa». Un padre a una madre de una S. de ocho años que realmente es muy guapa.

—«M., no te preocupes, si te aburres en clase, te levantas y me lo dices (delante de todos), que yo te buscaré algún trabajo extra». Una maestra a una chica de 2.º de ESO.

—«¿Seguro que X. es de altas capacidades? Es que yo en estas cosas no creo». Una tutora a una madre con el informe psicológico en la mano.

—A la madre de E. la profesora le pregunta: «¿Estás segura de lo que dice el informe psicológico? ¿Que es superdotado? Porque el niño parece tonto».

—Los padres de J. no le dicen nada a su hijo aunque él en varias ocasiones les ha dicho que se siente diferente de sus compañeros de clase.

—La directora y la jefa de estudios se llevan a O. dos veces por semana a hacer investigación de temas de naturaleza y sociales, y a resolver problemas de matemáticas del nivel de un año más.

—Una maestra a un niño: «Con todo este jaleo [sic] de hacerte los tests psicológicos has estado muy movido estos últimos días. Estás castigado sin ir a las colonias de fin de curso».

—Una profesora a unos padres: «Yo le veo muy normalito, tampoco es para tanto».

—Un maestro a una madre: «Su hijo necesita gasolina, pero en este colegio no se la podemos ni queremos dar».

—Una coordinadora pedagógica respondiendo a las dudas de unos padres para la preinscripción a la ESO: «Aquí no aceptamos a “ese tipo” de niños».

—Unos padres se quejan formalmente a la escuela porque a su clase se ha incorporado una niña de altas capacidades a la que han avanzado un curso.

—La profesora de E., al ver que tiene preguntas constantes durante la clase para enriquecer el tema que se trata pero que sus compañeros no pueden seguir, le propone que apunte todas sus dudas en una libretita y luego, aparte, las solucionan juntos.

—Los padres de R. le exigen que saque sobresaliente en todas las asignaturas «ahora que sabemos que eres tan inteligente». Y piden constantemente reuniones con los profesores para que «le den más caña», incluso explicando al maestro cómo tiene que dar una clase.

—Una profesora a unos padres: «Me da pena tenerle que reñir para que deje de leer debajo de la mesa mientras hacemos castellano. ¡Para un niño que lee con gusto! Miraré cómo lo puedo solucionar».

—Una tutora a todos los alumnos de una clase: «No os acerquéis a S. porque es una mala influencia».

—Una jefa de estudios de instituto a una madre en las fechas de matrícula de ESO: «No sabemos mucho de este tema, no te queremos engañar, pero ya hemos empezado a informarnos, y, si se quiere, se pueden hacer muchas cosas».

—Una profesora de Educación física delante de toda la clase: «Tú eres un empollón, ¿verdad?».

—A M. le bajan la nota regularmente. La profesora explica a los padres: «En este examen ha sacado un 9, pero le voy a poner un 7 para que no se lo crea».

—Una maestra de Matemáticas y Física a un padre: «Le haré que relacione temas de las dos asignaturas y nos prepare Power Points para presentarlos en clase».

—A C. le dejan leer libros mientras sus compañeros trabajan «para que esté entretenido y no moleste», como dice la profesora.

—Los profesores de N. aseguran que ya lo saben todo y que no les hace ninguna falta hablar con psicopedagogos.

—Los padres de T. le atiborran de clases extraescolares de chino, alemán, física cuántica y ajedrez en cuanto saben que M. es superdotado «para que no pierda el tiempo».

—Una maestra a la clase: «J. en estos temas sabe más porque tiene otra manera de aprender, es bueno tener diferentes puntos de vista».

—Los padres de M. le insisten en que las diferencias son buenas y enriquecedoras para todos y hablan con sus profesores para que entiendan mejor —sin excusarlo ni justificarlo— sus especificidades.

—Una profesora a unos padres: «Esto de las altas capacidades es una moda, como el trastorno por déficit de atención».

—A J. le hacen un plan individualizado completo para que pueda desarrollar las asignaturas a su propio ritmo mientras comparte clase con sus compañeros.

—Una tutora a unos padres: «Por favor, frenadlo en casa. Decidle que ya lo aprenderá cuando le toque».

—Una maestra a unos padres: «¿Qué van a pensar los otros niños si a su hijo le doy más cosas para hacer que a ellos?».

—Los padres de I. critican a los profesores delante de su hijo: «No se enteran de nada».

—Una maestra a unos padres: «Es listo, pero muy perezoso».

—Los profesores de P. se reúnen con los padres del niño y con el equipo psicopedagógico para trabajar juntos y remar en la misma dirección.

—Una profesora a unos padres: «Tiene que aprender a adaptarse a cada profesor».

—Los padres de C. le dejan escoger las clases extraescolares en las que se quiere apuntar y le ayudan a organizarse para tener tiempo libre para jugar.

—Una maestra a unos padres: «Con esa edad, los niños todavía no saben sumar».

—Los padres le explican a A. que puede aprender las cosas más rápidamente que otros niños de su edad porque su cerebro las procesa de otra manera, pero que eso no le hace ni mejor ni peor que los demás.

—Una maestra a la clase: «R. se va aparte a hacer matemáticas porque es superdotado».

—Una psicopedagoga, con los tests de identificación en la mano, insiste: «Es que yo no lo veo».

—Una psicopedagoga a una madre sobre su hijo: «Ya se le pasará».

Bibliografía

Libros y webs útiles para padres y para la comunidad educativa:

Adda, Arielle; Catroux, Hélène (2005). *Niños superdotados. La inteligencia reconciliada*. Barcelona: Paidós.

Berché, Javier (2016). *Guía para padres de niños con altas capacidades*. Barcelona: Ventall.

Bona, César (2015). *La nueva educación*. Barcelona: Plaza i Janés.

Marina, José Antonio (2010). *La educación del talento*. Barcelona: Ariel.

Sanz Chacón, Carmen (2014). *La maldición de la inteligencia*. Barcelona: Plataforma.

Siaud-Facchin, Jeanne (2014). *Demasiado inteligente para ser feliz*. Barcelona: Paidós.

Algunas webs interesantes

Javier Berché: <http://www.fundacionjberche.org/>

Miguel Angel Funes: <http://www.psicologosuperdota-dos.com/>

Javier Touron: <http://www.javiertouron.es/>

Linda Silverman. <http://www.gifteddevelopment.com/>

Fanjac: <https://sites.google.com/site/webfanjac/>

José Antonio Marina: [http://www.joseantoniomarina.net/
http://universidaddepadres.es/](http://www.joseantoniomarina.net/http://universidaddepadres.es/)

<https://aacclarebeliondeltalento.com/>

<https://yoatiendolasaaccenelaula.wordpress.com/>

<https://momtogifted.wordpress.com/>

<http://apoyoac.blogspot.com.es/>

<http://www.acacia.cat/>



Carmen Giró

Comunicar y escribir son mi pasión y mi trabajo. Soy periodista con intereses transversales con un nexo común: la persona y la vida en sociedad. Los temas en los que más trabajo son educación y familia, cultura, salud, viajes e interculturalidad.

Creo que la veteranía conduce al rigor y a la calidad. A través de las historias que explico en diversos medios he profundizado en el oficio de escribir y he podido satisfacer el ansia de aprender. Cuanto más sabe uno de algo, más se da cuenta de lo mucho que le queda por saber.

En esta misma colección he publicado *Familias globales: un hogar, dos culturas* sobre familias multiculturales.

Me podéis seguir en mi web:

carmengiroperiodista.blogspot.com.es

Los niños de altas capacidades, conocidos como «superdotados», como si fueran Superman, no son simplemente niños muy listos. Son niños que absorben de una manera intensa la realidad que les rodea, con pensamiento creativo y un desarrollo asíncrono. Se distinguen por su rapidez en el aprendizaje, y a menudo tienen una alta sensibilidad por su entorno y un alto sentido de la justicia. Chocan con tópicos y clichés de una sociedad que ahoga la diferencia.

Los pensamientos de los niños de altas capacidades plasmados en este libro, a través de la vivencia cotidiana de muchas familias entrevistadas, quieren ofrecer una visión constructiva, positiva y optimista de su día a día. Acompañarlos en su camino para que se desarrollen de manera armónica es una experiencia enriquecedora, emocionante y altamente retadora, en el eterno equilibrio entre la excepción y la norma, y con los pies en el suelo para que el viaje llegue a buen puerto.

360°
REPORTAJES

Síguenos en Twitter

#Reportajes360